

A propósito de...

A menudo en nuestro boletín usamos la palabra comunismo o comunidad humana, para nombrar a una sociedad post-capitalista posible y al mismo movimiento que la lleva. Nuestra afirmación comunista no quiere ser ni una pose sin referencia alguna al concreto acontecer actual, ni una crítica maximalista a toda actividad reformadora de tal acontecer, sino el modo y la manera que mejor vemos de solucionar realmente los problemas que hoy, en una crisis extensa e intensa, los hombres tenemos planteados.

Otras veces hemos intentado avanzar, aunque sólo sea negativamente, sobre algunos contenidos de esta sociedad comunista posible —sin dinero, sin Estado, sin trabajo...— y sobre el proceso de comunización. Sobre ello volveremos, pues está en el centro de nuestro hacer y de nuestro pensar. Ahora solamente queremos salir al paso de un malentendido: el de confundir esta nuestra posición con un ideal utópico en el sentido

de irreal e irrealizable, y el de confundirla con una posición maximalista en el sentido de: solución = revolución, que vendría a encubrir un simplismo en la teoría y a justificar una retirada del combate en la práctica. A partir de este doble malentendido se nos tildaría de utópicos y maximalistas.

No vamos a entrar ahora en lo conveniente o no de esta utilización de la palabra utópico, aunque veríamos más propio utilizar la palabra utopía para designar algo real, visto y querido como óptimo, que no se da ahora —y por tanto es disconforme con el estado real en la que se produce— pero que puede darse. Aquí sin embargo la anotamos en el sentido en que se nos dice como sinónimo de irreal o de referencia estimulante pero siempre inalcanzable, y es en este sentido pues que no creemos ser utópicos. Tampoco creemos ser maximalistas y reforzar con ello la actual ideología de la pasividad. El hecho de que creamos que los actuales males sociales sean irresolubles dentro del capitalismo, pues la raíz de ellos está precisamente en este modo de producción y de vida, no es ninguna licencia para retirarse del combate cotidiano.

Constatamos en la historia de los hombres una resistencia a dejarse someter, un impulso por romper toda determinación, por ir más allá en sus ansias de libertad y de comunidad, constatamos pues una dimensión utópica (que no engaño o ilusión) en el centro mismo de su libertad determinada. En el marco de esta determinación los hombres hacemos la historia y al hacerla le damos un sentido.

Sin pretender que la forma humana no sea una forma determinada, sin pretender que la relación entre los hombres no sea una relación mediata —dejando para la ilusión (alienación) la total transparencia de las relaciones humanas—, la dimensión utópica señala su superación siempre posible hacia unas mediaciones más inmediatas.

Esta dimensión utópica ha empujado y empuja al hombre a ir más allá, mostrando que lo que hay no es lo que puede haber, que la realidad está llena de lo posible, y que el sabio «realismo» se queda más acá de la realidad.

De esta dimensión utópica no abjuramos, pero ahora, al hablar de comunismo, hablamos de otra cosa; hablamos de algo mucho más acá; de un lugar más próximo donde cabe aún aquella dimensión utópica. El capitalismo como sociedad hegemónica a nivel mundial que ha convertido todo en mercancía, es contestado por todas partes: Sagunto, Gdansk, Brixton, Teherán... De esto hablamos.

Hablamos pues no de un ideal al cual tender sin nunca poderlo alcanzar, sino de una forma de estructurar las relaciones entre los hombres y de éstos con la naturaleza, dentro de una forma dada. Hablamos de la superación histórica del capitalismo. No hablamos de un ideal a inventar y por el cual luchar sino de combatir en su raíz los males sociales que padecemos.

El capitalismo es un sistema de valorización... a través de una dinámica compleja que articula de una manera determinada las esferas política, económica... Tal complejidad hace difícil pensar su fin no catastrófico, es decir la posibilidad de articular de otra manera tales espacios más allá de su determinación capitalista. Cómo pensar la relación entre los hombres, la toma de decisiones, la diferencia y el aunamiento de las voluntades... fuera de la representación y delegación política; cómo pensar la actividad humana en la producción y distribución, fuera del trabajo asalariado y fuera de la escasez de recursos. Pero la dificultad de pensar esto, y el proceso que lleva a ello, no quiere decir que sea iluso.

Es la ideología reformista la que hace ver como irreales el fin de la Economía y el fin de la Política, al identificar Economía y Política con Sociedad. Entonces

sí, el comunismo como fin de la Economía y de la Política, se identificaría como el fin de la sociedad, y aparecería pues como una ilusión.

Pero Economía y Política no agotan la realidad social. Agotan la realidad social capitalista. Con ellas acaba el capitalismo, pero no la historia. La historia continua con sus contradicciones, y el comunismo, —al acabar con el dinero, con el Estado, con la producción de mercancías—, es la mejor forma que hoy tenemos los hombres para darles forma humana.

Estamos pues lejos de un ideal inalcanzable. Estamos en un terreno muy próximo. Estamos hablando de una salida posible, aunque no inevitable, en el terreno de las mediaciones, en el terreno de las reformas de la forma humana.

Tal salida depende del proletariado. Acabar con el actual modo de producción y de vida capitalista sólo puede hacerlo el movimiento consciente de la humanidad proletarizada. Fuera de este movimiento el comunismo pues no es nada. Incluso quizás nunca sea nada, si otra salida —por ejemplo una guerra nuclear— lo suplanta. Pero ni aún así, su concreción ni nuestra lucha por su consecución, son ilusos.

¿Qué es el dinero?

Es el valor expresado en cifras, de la actividad humana, el precio de compra o el valor de cambio de nuestra vida.

¿Puede calcularse en cifras la actividad humana?

Ni mucho menos, al igual que el hombre, la actividad humana no puede ser cuantificada; en efecto, la actividad humana es la vida humana y ninguna cantidad de dinero la puede medir. Es incalculable.

¿Quién puede ser vendido o venderse a sí mismo por dinero?

Quien es vendido es un esclavo y quien se vende a sí mismo es un alma servil.

¿Qué podemos deducir de la existencia del dinero?

Debemos concluir la existencia de la esclavitud humana, pues es el propio signo de la esclavitud humana: es el valor del ser humano expresado en cifras.

¿Cuánto tiempo los hombres deberán permanecer en situación de esclavos y darse, a sí mismos y a todas sus capacidades, a cambio de dinero?

Hasta que la sociedad ofrezca y garantice lo que todo hombre necesita para poder vivir y obrar como ser humano; entonces nadie se verá obligado a procurarse (todo) lo necesario por sí mismo y de vender, a cambio de ello, su trabajo y de comprar el trabajo ajeno. Ningún decreto puede abolir este tráfico de hombres, esta explotación recíproca, esta actividad llamada privada; no se podrá llegar a ello más que edificando la sociedad comunista en la cual cada uno recibirá los medios para desarrollar y poner en práctica sus capacidades.

¿Es posible o imaginable la existencia del dinero en la sociedad comunista?

Es tan imposible como lo de la esclavitud humana. Cuando los hombres no tengan ya necesidad de traficar con su fuerza y sus capacidades, no tendrán tampoco necesidad de expresar su valor en cifras, no tendrán ya necesidad de contar ni de pagar. El verdadero valor humano, incalculable, aparece entonces en lugar del valor humano cuantificado —en lugar de la usura florecerán las capacidades humanas y alegrías de vivir; un armonioso trabajo en común y una noble competencia sustituirán a la pugna rencorosa y desleal— la cabeza, el corazón y las manos de los hombres libres y activos, ocuparán el lugar del a, be, ce, de la contabilidad.

Moses Hess, 1846

RECONVERSIÓN INDUSTRIAL EN ESPAÑA

En las últimas semanas, las repercusiones internacionales de los espasmos de la metrópoli (USA) en vísperas de comenzar su feria electoral, han llenado las páginas de los periódicos con la «esperanzadora» noticia de que el relanzamiento económico ha comenzado, precisamente, por donde debía, en la cabeza del mundo libre: USA. Sin embargo, y a pesar del triunfalismo autocomplaciente de la clase dominante de la metrópoli, las cosas no son lo que parecen. Llevados de nuestro inveterado sinapismo vamos a hacer algunas precisiones generales a fin de mitigar cualquier veleidad de optimismo por parte de quienes, debidamente aleccionados por los medios de intoxicación de masas pudieran pensar que, a tenor de los datos provenientes de USA, cabría alentar alguna esperanza en un relanzamiento generalizado del sistema económico capitalista.

Pues sí, aún suponiendo fiabilidad a las cifras, cabe decir que ofrecen una versión que, por parcial, tergiversa la realidad de la crisis capitalista en toda su dimensión.

La primera falacia que es preciso disipar es aquella que consiste en inferir del relanzamiento USA una posibilidad de despegue para el conjunto de países de la cadena imperialista. Si problemático es el despegue de la máquina USA, completamente gratuito es suponer que pueda arrastrar consigo los vagones a aquella enganchados. Antes bien, al contrario, el relativo despegue USA es posible gracias al sacrificio de sus allegados. La irresistible escalada del dólar no es más que una maniobra efectista y efectiva en lo que se refiere a contener la inflación, pero que deja intacto el trasfondo real del problema que pretende atajar. Si el fenómeno de la crisis obedeciese a meros accidentes en los focos fetichizados de la actividad económica (dinero, competencia, mercancía) probablemente, las martingalas monetaristas serían realmente efectivas. Pero la realidad de la crisis del capital es multidimensional y su complejidad abarca en toda su amplitud la vida social integrada y mantenida por el capital en proceso. Es, ante toda, crisis de un modelo social; de una forma de producir (reproducir) la vida social humana. Y la forma de «producir» la vida social dominada por el capital en proceso es fundamentalmente, intrínsecamente, contradictoria; es decir, las razones de sus desajustes se hunden en el fundamento mismo de su forma de producción, que es producción social, producción para

el mercado. Por todo ello, la contradicción, que atiende a fundamentos económicos, se ramifica en el tejido social y deviene antagonismo, oposición entre las clases.

Las técnicas monetaristas operantes al nivel del mercado y, más exactamente, sobre los flujos de dinero, a la forma representada del capital desatiende las verdaderas razones estructurales subyacentes a las fases de estancamiento económico y en la medida que son aplicables aquéllas pueden escamotear a éstas sin que ello signifique que puede sustraerse a la determinación contradictoria materializada en los cambios estructurales del capital en proceso.

De hecho, la política económica de corte monetarista llevada a cabo por la administración Reagan en USA y que dio como resultado la presentación de la hoja de balance que tan ufanamente exhiben los adeptos de Friedman y Cía, no es más que una maniobra dilatoria en lo que a la resolución real de las condiciones de crisis se refiere. Gracias a la posición hegemónica de la fracción componente del capital mundial, las posibilidades de maniobra de este país son mejores a la hora de remitir los efectos de la crisis. El dólar, moneda patrón con la que se efectúa los pagos de las diversas transacciones internacionales, se constituye así en una importante arma en el sometimiento financiero de los otros países de la cadena imperialista así como en un instrumento de desviación de las condiciones de crisis exportándola hacia el exterior de USA. Sin duda, las maniobras financieras teledirigidas desde la metrópoli reorientan la economía mundial -como indica el artículo aquí mismo reproducido de los compañeros de Boston-, pero sólo en la medida que dan un redimensionamiento a las condiciones de crisis, sin evitarlas o superarlas.

La Economía Política no tiene por misión analizar (criticar) la realidad económica, sino antes bien aportar soluciones a problemas concretos del capital. Por ser, pues, la quintaesencia ideológica del capital en proceso nada más lejos de su función (apologética) que poner de manifiesto las «debilidades» estructurales del sistema capitalista. Sin embargo, de entre todos los «indicadores» económicos ofrecidos por los especialistas de esta ciencia económica y en torno a los cuales se cifra las posibilidades de relanzamiento USA, sobresalen algunos especialmente significativos.

La favorable balanza comercial y el incremento del P.N.B. son indicativos del afianzamiento USA en su posición hegemónica sobre el capital mundial, llevándose la parte de león de la plusvalía producida; pero no es suficiente... En la presentación de los presupuestos generales para 1984 por R. Reagan los niveles previsibles que alcanzará la deuda pública ha sembrado la inquietud, incluso entre sus propios colaboradores. Pero ¿qué significa este desorbitado incremento de la deuda pública? Entre otras cosas, la necesidad, cada vez más apremiante, de la asistencia del Estado al capital privado de forma más o menos encubierta. El gasto público es el encargado de remitir los efectos devastadores de la reestructuración capitalista; aunque, como se ha puesto de evidencia con el fracaso de las tesis keynesianas, un excesivo incremento del gasto público llegara a tener exactamente las consecuencias contrarias a lo que pretende. He ahí que arrecien las críticas contra el presupuesto presentado por Reagan para 1984 ya que un incremento del gasto público significará un incremento generalizado de los impuestos. En resumidas cuentas, el gasto público orientado a estimular la demanda sobre el capital privado -de ahí su carácter de factor dinamizador de la economía para generar empleo y afrontar los gastos de asistencia social, educación, etc. es un índice del grado de deterioro «social» ocasionado por la reestructuración. El hecho de que se vean -USA como el resto de los países- obligados a incrementar el gasto público, financiado deficitariamente, da idea del agravamiento de las condiciones de crisis.

Las intervenciones estatales son consecuencia inmediata de la incapacidad del capital privado para reestablecer una tasa de acumulación suficiente para hacer frente a las condiciones de crisis y sus secuelas sociales. Es decir, a pesar del creciente déficit público, el capital privado, ni a nivel nacional ni internacional, ha logrado reconducir la rentabilidad con suficientes garantías de inaugurar una reactivación económica generalizada e indefinida.

Es ahí -constatado el fracaso keynesiano- donde entran en juego las técnicas monetaristas que sin abordar la crisis estructural permiten un margen de maniobra que posibilita una apropiación mayor de la plusvalía total producida en el mundo. No cabe duda de que la plusvalía producida a escala mundial es redistribuida según el modo de inserción de cada país en la cadena imperialista. En este sentido, las necesidades de elevar la tasa de acumulación del capital USA en particular y de los mejor situados en la esfera del mercado mundial imperialista, les lleva a coordinar en dos frentes sus planteamientos económicos. De un lado, incrementar la tasa de productividad en el

propio país -o sea acelerando la sobreexplotación del proletariado metropolitano- y, por otro, «rebañando» la plusvalía de los países periféricos de forma intensa. Las primeras medidas no se hicieron esperar. USA redujo considerablemente su participación en los organismos internacionales encargados de fomentar el «desarrollo» de los países periféricos. Por otro lado, la incidencia de la crisis en los países capitalistas desarrollados ha sido la razón de las «recomendaciones» hechas por las instituciones financieras internacionales (FMI) a los países periféricos en el sentido de reducir su deuda exterior, recomendaciones que al ser puestas en práctica por los respectivos gobiernos coloniales ha sido el desencadenante de las «revueltas del hambre» en Túnez y Marruecos así como los muchos movimientos en diversos países de África (Nigeria).

Además, la insolvencia colectiva de los países deudores (Brasil, Méjico) ha repercutido negativamente en los países metropolitanos. Los desastrosos efectos del monetarismo en los países dependientes (Chile, Argentina, etc.) los ha llevado a la bancarrota, precisamente, porque el espejismo de la economía manipulada por mecanismos financieros se desvanece muy pronto si no se dan unas condiciones que hagan posible un más amplio margen de maniobra económica, o sea, si no se pertenece al círculo de los imperialistas.

El carácter rampante de la crisis actual va deteriorando la puesta en práctica de recursos de emergencia tendente a la unificación mundial del proletariado, sometido a un único proceso de explotación por el capital dominante a nivel mundial. Las necesidades de la acumulación hacen cada vez más inevitable el endurecimiento de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo a lo largo y ancho del mundo. «Aquí (USA, Europa) como allá (países periféricos)» los gobiernos nacionales se aprestan a cumplir su tarea específica en el conjunto de la formación mundial del capital. «Aquí» sobreexplotando al proletariado metropolitano (reducción asistencia social, incremento impuestos directos e indirectos, reducción salario real...) «allá» exprimiendo la humanidad del proletariado periférico obligando a los representantes autóctonos del capital metropolitano a poner en marcha medidas impositivas que gravan sobre los escasos artículos de consumo de primera necesidad que, como las harinas y derivados, por constituir la base alimenticia del grueso de la población, sería la fuente de ingresos que sanease la economía nacional, limitando la deuda exterior, según «recomienda» el FMI. En lo que se refiere a la depauperación aún no se ha tocado fondo y a lo que parece será la miseria el hilo conductor que conecte al

proletariado metropolitano con el periférico en una oposición real al capital en proceso. Será la depauperación (desvalorización) mundial de la fuerza de trabajo lo que haga posible la valorización (acumulación) del capital puesto en actividad. Hasta ahora el gasto público ponía diques a la marea de miseria en los países del centro capitalista; pero creemos que las necesidades del capital limita cada vez más los recursos del Estado destinados a asistencia social (hay un recorte efectivo del «salario social» – Italia, Inglaterra, España, USA...)– extendiendo la depauperación.

Porque la producción y expropiación mundial de plusvalía se adecua a las condiciones específicas de cada país, según estipula la división internacional del trabajo, la recomposición del proletariado mundial se fragmenta por unidades «nacionales», nuevo bastión ideológico del fetichismo divisionario de la «nacionalidad» que deviene así instrumento del capital para introducir el factor de la división de clase, según el color de la piel o de la nacionalidad. Es necesario desenmascarar el vergonzoso papel representado por los partidos y sindicatos de izquierda, como verdaderos agentes del capital, propiciando la división y hasta el enfrentamiento en el seno del propio proletariado (ver caso Talbot-Poissy) o la actitud del «democrático y socialista» gobierno presidido por F. González que propicia la expulsión de «extranjeros» (senegambianos) residentes en el Maresme (Cataluña).

Entender el capitalismo en su actual estado de integración en términos nacionales es un verdadero anacronismo y una rémora para la lucha de clases. El capital sólo mantiene las fronteras como factor ideológico; pero la realidad de la explotación es mundial y desconoce las particularidades étnicas; sólo entiende una determinada forma de aparecer del sujeto humano (sujeto proletario). La única frontera que puede ser considerada es aquella que marca la línea de delimitación en la oposición del sujeto proletario y el capital en proceso; y esa línea, única frontera real, nos proporciona a quienes sólo somos Fuerza de Trabajo la exclusiva identidad del proletariado. Todo lo demás es romanticismo, esteticismo cultural o racismo.

El Capital en España

Es pues dentro de este contexto de crisis de un modo de producción y de vida, a nivel mundial, que podemos analizar y comprender la actual reestructuración del capitalismo en España, que bajo el término de «Reconversión Industrial» el actual gobierno está llevando a cabo. Como ya analizábamos en el anterior boletín, este gobierno sube precisamente al poder

como el mejor gestor –para el capitalismo internacional– del capital en su actual fase crítica para realizar la puesta al día de un sistema productivo que, ministros tecnócratas, miembros del Opus Dei, que habían de ser los que llevaran a cabo la ruptura del modelo económico autárquico por medio del Plan de Estabilización en 1959.

El nuevo modelo oficialmente instaurado significaba la intensificación de las relaciones con el exterior mediante la liberación de las importaciones de mercancías, de las inversiones de capital extranjero y de otras transacciones; la supresión del intervencionismo sobre la economía así como la aceptación por parte de España de compromisos exteriores como la fijación de la paridad de la peseta en el FMI y demás capítulos económicos de relaciones internacionales.

Se puede decir que la burguesía más inteligente supo realizar la ruptura económica y procurarse un marco de actuación más coherente con sus aspiraciones que posteriormente le permitió un crecimiento económico acelerado.

En el año 1962, tras la publicación del informe del Banco Mundial, se pusieron en marcha distintos Planes de Desarrollo con el fin de planificar las proyecciones sectoriales y las inversiones públicas. Se fomentó la implantación y concentración de empresas y unidades técnicas de producción en una serie de actividades, por medio del crédito selectivo y de ayudas fiscales y técnicas, con el fin de evitar la aparición de empresas excesivamente reducidas, fenómeno que ya se había detectado en 1958. Se partía de la aseveración de que muchas empresas españolas eran demasiado pequeñas para producir a precios de competencia internacional.

La liberación de importaciones permitió la importación de material de equipo y modernización de la industria, con lo que se produjo una importante dependencia de la técnica extranjera. Actualmente, las principales empresas de los ramos de la alimentación, automóvil, maquinaria eléctrica, electrónica, productos farmacéuticos, etc. producen artículos bajo patente o licencia extranjera.

Dentro de las medidas de política industrial de los años 60-70 hay que destacar, además de la concesión de créditos y otros beneficios por parte del Estado a la empresa privada, la creación de Polos de Desarrollo y de Zonas de preferente localización industrial. Como sea que su puesta en práctica fue bastante deficiente y mal planificada, se abandonó esta política y se sustituyó en el III Plan de Desarrollo (1972-75), acción que ya no se puso en marcha ante los primeros indicios de crisis en el año 1973.

Los llamados «felices sesenta» representaron para los trabajadores una mayor explotación acompañada de importantes costes sociales. Grandes cantidades de obreros tuvieron que emigrar. La intensificación del proceso de industrialización movió en la década 50-60 a 1.000.000 de personas a los suburbios de Madrid, Cataluña y País Vasco, siendo de 1.911.000 las correspondientes a la siguiente década, en el conjunto de la geografía española. A partir del año 1958 hubo un gran estímulo a emigrar a Europa por la enorme prosperidad económica apreciada, calculándose en cerca de 600.000 los trabajadores inmigrados desde el año 1960 a 1975. Importancia decisiva en la economía española alcanzaron las remesas de divisas enviadas por los obreros españoles en el extranjero.

Los efectos de la crisis antedicha de 1973, solapados por una necesaria normalidad política en los últimos años del franquismo, fuerzan —a la caída de éste (caída debida a la muerte, pues nadie le hecha)—, una adecuación política, la democracia necesaria para la reestructuración del capitalismo, imposible sin esta integración de la clase obrera a la Economía nacional. Esta es la labor que va a llevar a cabo el gobierno socialista actual.

El acceso del PSOE al poder en un momento en que arrecia la crisis, respondía, como decíamos en el artículo que le dedicábamos en el número anterior de *Etcétera*, a una necesidad del capital para conformar un Estado corporativo que integrase en una tarea común a todos «los sectores implicados en la recuperación de la economía nacional». Lo que se materializaba en una operación política de «integración» de las fuerzas sociales representativas (elecciones octubre 1982) tenía su correspondiente expresión en la articulación de un discurso fuertemente impregnado de contenidos ideológicos «integradores». Los llamamientos desde los partidos de izquierda, sindicatos, gobierno y patronal eran unánimes a la hora de hacer especial hincapié en la necesidad de poner en marcha medidas encaminadas a la «salvación de la economía nacional». Se fue dando forma, así, a un discurso del «interés común». Una vez más, como siempre ocurriera en tiempos de crisis económica y social, se desempolvó el socorrido fetiche de los «comunes intereses nacionales». Puesto que la falacia del «interés común» se corresponde en los hechos con la realidad de la sobreexplotación del proletariado, único pagano de la crisis y reestructuración gestionada por el capital, no podemos dejar de repetir el carácter absurdo y típicamente reaccionario de una expresión como esa: En el espacio definido por las relaciones de

dominación capitalista no cabe convergencia alguna de intereses para el conjunto de la sociedad, sino el antagonismo irreconciliable entre Capital y Proletariado.

El 3 de Diciembre de 1983, el Boletín Oficial del Estado publicaba el Real Decreto de Reconversión y Reindustrialización. Para el Ministerio de Industria y Energía esta ley lleva consigo unas líneas de acción que en su conjunto pretenden lograr la racionalización del sector industrial, adecuándolo a las exigencias del desarrollo económico y tecnológico, e intentando por tanto que los productos españoles puedan competir en un mercado internacional que se esfuerza, por parte de los países de su entorno con medidas análogas, en combatir la crisis.

«El objetivo de esta política de reconversión es garantizar la competitividad a medio plazo del aparato productivo español» (Solchaga, Ministro de Industria). Este objetivo es el fundamental, sobretodo con vistas a la integración económica en la CEE, y es esta integración, de rebote, la que marca y acaba de definir las necesidades estratégicas de la reconversión de la industria española, en base a las propias necesidades de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo en Europa (OCDE) y la división internacional del trabajo que ello lleva consigo.

Después de la I Guerra Mundial y durante 50 años, el capitalismo se lanzó a la gran producción en masa de mercancías. Eran tiempos de euforia en los que el recuerdo de la crisis del 29 quedaba como algo lejano e irrepentible. La adopción general de políticas keynesianas que implicaban una cada vez mayor intervención del Estado en la economía hacía pensar que se había encontrado la solución al desarrollo en forma de crisis del capital.

Ahora el sistema no da más de sí. La crisis actual revela el agotamiento del modelo de crecimiento tanto occidental como de los países del Este basado en la super-industrialización. Se desvelan entonces los problemas derivados de un exceso de capacidad productiva debido al afán desarrollista de la etapa anterior, y se tiene por fuerza que volver a plantearse y a repartirse (racionalización) la cantidad de productos que cada país aportará al mercado internacional.

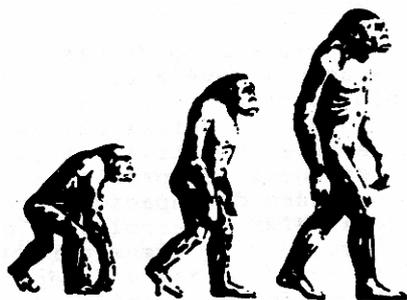
España, en el umbral de su entrada en la CEE no tiene más remedio que replegarse a ese reparto, que lógicamente viene dictado desde los países más industrializados, porque si se produce más acero del que hace falta en Europa, no va a ser la cuenca del Rhur la que cierre sus fábricas, sino Sagunto (Valencia).

El Estado, y en este caso el Partido Socialista en el poder sólo pueden abordar la salida de la crisis

económica situándose dentro de la misma lógica del Capital. Esa lógica del Capital en su afán de reproducción incesante se sale del marco de la economía nacional buscando el excedente que le permita reiniciar el ciclo de su acumulación sin el cual agoniza. Al situarse España dentro de la órbita de los países industrializados de Europa, entra también a formar parte las necesidades del capital internacional (no queremos decir que antes no lo estuviera, pero ahora se ve más obligada). Esto implica que la tasa de rentabilidad de los capitales invertidos en España han de competir con la rentabilidad de los sectores europeos, mejor estructurados y económicamente homogéneos.

La reconversión industrial

De la misma forma que el sector industrial constituyó el elemento más dinámico del desarrollismo español, es a la vez el sector que más ha contribuido en la profundización de la crisis económica. De ahí que se explique tanto afán y tanta atención por su racionalización.



La industrialización del país se sustentó sobre unas condiciones favorables: la existencia de una mano de obra abundante proveniente del

campo y con costes salariales más bajos que en la mayoría de países industrializados y el impulso de la Administración, que favorecía y animaba con una serie de medidas (polos de desarrollo, protecciones arancelarias, desgravaciones fiscales, subvenciones, créditos privilegiados, etc) la industrialización a toda costa, a pesar de la marginación de otros sectores como el agrícola, que ha quedado seriamente deprimido.

La subida de los socialistas al poder y el gran apoyo electoral obtenido les ha permitido afrontar el envite de la reestructuración industrial, apostando por la modernización y encuadramiento de la nación en la zona de los países industriales, aunque a la cola de éstos.

En cuanto a los sectores a reestructurar, hay que señalar la imprecisión y la extrema amplitud de su campo de aplicación, de modo que se abre la puerta para que cualquier sector o grupo de empresas pueda solicitar acogerse a dicho Plan.

De momento enumeramos y damos unas escuetas notas sobre los sectores que están siendo sometidos a

reestructuración, aunque quedan pendientes otros que, aunque no acogidos al Decreto, están pendientes de racionalización como: Bienes de Equipo, Fertilizantes, Papel, Electrónica de consumo, Motocicletas, Ferroaleaciones. La reconversión industrial se presenta pues como la única vía de modernización de este país y de su capacidad competitiva para el futuro. Pero la reconversión industrial no es más que un aspecto, exagerado, de la reestructuración económica que desde hace tiempo se está realizando, y es teniendo en cuenta este hecho como se puede entender realmente la amplitud de intereses que están en juego. Partidos, sindicatos, organizaciones empresariales grandes y pequeñas, gremios, intereses multinacionales, bancos, políticos autonómicos, etc... están dispuestos a llevarse el gato al agua aún corriendo el riesgo de agravar la actual situación de crisis.

La reestructuración hace ya tiempo que empezó. El sector privado ha perdido casi todo el empleo que tenía que perder provocando en su caída el desarrollo de la economía sumergida y un incremento del gasto público como única manera de conformar a los trabajadores afectados. Todo ello ha ido sucediendo de una manera totalmente tolerante con las tretas legales de los empresarios y sin grandes respuestas por parte de los trabajadores.

Pero ahora le toca el turno a la empresa pública y a las que se nutren de los fondos públicos cuya reconversión ha sido demorada año tras año por el temor de la clase política a enfrentarse con los conflictos que podrían derivarse y que no tardaron en aparecer (Galicia, Gijón, Sagunto, etc...). Y es en este momento cuando la política del gobierno desata mayores voces de protesta.

Dificultades de la reconversión

Ahora bien, vemos frente a la actuación del Estado en su empeño por «modernizar el país», dificultades tanto por el mismo modo de funcionamiento del sistema como por las respuestas, desde posiciones de clase, de oposición y resistencia a tales planes de reconversión.

Así, por ejemplo, la ley de reconversión, pese a considerarse necesaria, ha sido revalidada únicamente por los socialistas del Congreso y aún sufriendo importantes recortes a consecuencia de la UGT (socialista) que obligó a que se retirase la normativa de las rescisiones de contratos laborales. Algo que será objeto de negociación económica. Esto supone una marcha atrás importante, pues representa que, de momento, la empresa privada no se verá libre de forma gratuita de su excedente de plantilla y la empresa

Los efectos de la Reconversión industrial en el Empleo

	Nº trabajadores		% variación 1981/1979	trabajadores en 1982
	1979	1981		
I. Plantillas acogidas a la Ley de Reconversión				
ENSIDESA	26.140	23.907	-8.5	22.545
Astilleros Españoles	19.000	17.920	-5.7	17.349
Altos Hornos de Vizcaya	12.495	11.585	-7.3	11.393
ASTANO	6.500	5.950	-8.5	5.905
Femsa	6.881	5.605	-18.5	5.200
Altos Hornos del Mediterráneo	4.916	4.324	-12.0	4.051
Babcock Wilcox	4.601	4.379	-4.8	-
Ibercobre	3.209	2.890	-9.9	2.169
Fabrelec	2.713	2.512	-7.4	-
Nueva Montaña Quijano	3.094	2.280	-26.3	-
Ibelsa	2.340	2.200	-6.0	-
Orbaiceta	2.262	2.200	-2.8	-
Unión Naval Levante	2.760	2.100	-22.2	1.854
Cointra	2.460	2.075	-15.7	-
Ulgor	3.472	2.780	-19.9	-
	102.843	92.707	-9.9	-
II. Plantillas negociadas sin Ley Reconversión				
Seat	31.846	25.775	-19.2	24.695
Standard Eléctrica	17.871	16.371	-8.4	14.637
Talbot	14.178	13.549	-4.4	12.422
ENASA	12.000	10.175	-15.2	10.006
Motor Ibérica	9.342	8.669	-7.2	7.800
General Eléctrica Española	4.301	3.755	-12.7	-
Westinghouse	3.520	3.200	-9.1	2.965
Marconi	3.158	2.978	-5.7	2.653
Citesa	3.301	2.891	12.4	2.520
	99.517	87.343	-12.2	-
III. Otras plantillas reducidas				
Empresa Nal. de Aluminio (ENDASA)	3.800	3.639	-4.2	3.250
Olivetti	4.989	3.103	-37.8	-
Industrias de Telecomunic. (INTELSA)	3.356	2.800	-16.5	2.423
Lámparas Z	3.100	2.526	-18.5	-
Fasa Renault	22.396	21.913	-2.2	21.296
Citroën	10.540	9.955	-5.5	-
Ford España	10.400	9.732	-6.4	9.642
Land Rover Santana	4.070	4.177	+2.6	4.166
Roca Radiadores	6.750	6.333	-6.2	-
Empresa Nal. Santa Bárbara	4.100	4.078	-0.5	-
Construcciones y Auxiliar de Ferrocarriles (CAF)	3.841	3.811	-0.1	-
Zardoya Otis	3.277	2.728	-10.6	-
Victorio Luzuriaga	3.260	3.119	-4.3	-
	83.879	77.914	-7.1	-
IV. Total General	286.239	257.964	-9.9	-

Fuente: *Cinco Días*, 26.3.1983

pública verá incrementados sus gastos a través de los Presupuestos Generales del Estado sin las suficientes garantías de conseguir los resultados esperados.

Y esto sucede porque, aunque la UGT se decidió a apoyar las líneas maestras de la política del Gobierno, sus dirigentes no quieren desprestigiarse totalmente ante sus bases defendiendo públicamente unos planes cuyos efectos se dejan sentir sobre el nivel de vida de los trabajadores.

CCOO (comunista) por su parte, aunque indecisa, debe mantener una postura diferente a su rival amenazando a ésta y al Gobierno con agitaciones que no está dispuesta a provocar.

Y ambas centrales secundan huelgas pero con la única intención de reclamar lo que consideran su parte, su participación en los planes del Gobierno. Según explican, gran parte de las movilizaciones tienen su origen no tanto en los incrementos salariales como en la nula actitud negociadora del sector público que se niega a abordar la elaboración conjunta de planes de viabilidad en las empresa afectada. Quieren pues globalizar una negociación del sector en crisis para poder conseguir mejores compensaciones —al contrario del Gobierno que quiere dar batallas aisladas para evitar en la medida de lo posible la movilización generalizada de los trabajadores afectados— pero sobre todo les interesa el cumplimiento de la promesa del gobierno de su posibilidad de

incidencia en la gestión de las empresas (Proyecto de Ley Sindical).

Las patronales, por su parte, se quejan principalmente de la lentitud del gobierno en llevar a cabo la promesa de flexibilización del mercado de trabajo, que según ellos bloquea la posibilidad de nuevas contrataciones. Pero sobre todo se enojan por el distinto tratamiento que, también según ellos, supone la política del gobierno para la iniciativa privada y para el sector público de la economía.

Y así, aún reconociendo las ventajas de la política antiinflacionista, el capital privado centra sus críticas en la falta de energía del gobierno para imponer austeridad en el gasto público. Dicen tener mayores

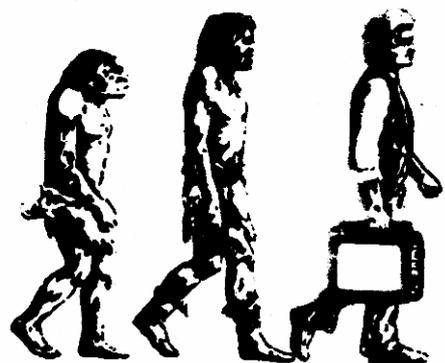
dificultades de financiación debido a la política monetaria del gobierno y exigen, además de una libertad absoluta de sus maniobras financieras, una menor presión fiscal y sobre todo el incremento de los fondos disponibles para créditos al sector privado.

En medio de todo esto, una situación en que tanto las organizaciones empresariales como sindicales están suficientemente consolidadas y cuyo radicalismo no pasará de ciertos límites dada la situación de falta de perspectivas, el gobierno está desarrollando una política de centro derecha lejana totalmente de sus promesas electorales. La misma Alianza Popular reconoce que los socialistas se están aproximando a su propio programa.

El monetarismo, la acumulación de capital y los mecanismos que la posibilitan, el recorte del poder adquisitivo de los salarios, liberar recursos y promover empresas para el sector privado, sanear sectores en crisis mediante el despido de trabajadores y exigencia de mayor productividad, reducción de las prestaciones sociales, tendencia a la eventualidad de los puestos de trabajo, freno a la inversión pública, etc., son parte de este programa.

«Son muchas las dificultades que presenta decir la verdad a la gente y obligar a que se responsabilice para enfrentarse a la realidad»

Y sus consecuencias van pesando cada vez más en la ya precaria situación de los trabajadores. Despidos masivos la mayoría de las veces sin indemnización, reducciones en las pensiones tanto de paro como de enfermedad o jubilación, disminución del poder



adquisitivo de los que todavía tienen un empleo, controles de productividad cada vez más fuertes, etc.. Y el gobierno pidiendo paciencia y prometiendo que la solución, aunque lenta, llegará.

Pero los trabajadores afectados no pueden permitirse mucha paciencia cuando les va en juego su medio de vida y empiezan a sospechar que la solución de la crisis está más lejana de lo que dicen. Por ello aumentan las movilizaciones y las huelgas desesperadas tratando de conservar un puesto de trabajo a toda costa.

Son movilizaciones, la mayoría de las veces, asamblarias y espontáneas, demasiado firmes en sus propósitos, lo que hace difícil la manipulación y control absoluto de los sindicatos pero demasiado crédulas todavía en la posibilidad de una salida de la crisis mediante una mejor gestión. No se fían de los sindicatos pero buscan la negociación y con ese propósito siguen acudiendo a ellos a pesar de las grandes derrotas sufridas.

La primera dificultad pues con que se encuentra el gobierno cuando se dispone a ejecutar el Plan es la resistencia de los obreros afectados por él. Los llamamientos de Solchaga apelando a la responsabilidad y solidaridad de las partes sociales no parece que tengan el eco deseado.

Pero la realidad es que el capital intenta siempre asegurar su rentabilidad a costa del trabajo. Lo cierto es que frente a las necesidades imperiosas del capitalismo español de racionalizar su estructura de producción, de ofrecer productos competitivos, de realizar innovaciones tecnológicas, está la miseria del desempleo.

Esa realidad contradictoria, la relación social antagónica que el propio capital crea, es, cuando se pone de manifiesto por medio de movimientos de clase no administrados por alguna instancia de poder (partidos, sindicatos) para reivindicar sus necesidades en contra de la lógica del capital y no de acuerdo con el despliegue de éste, la primera dificultad de la reestructuración.

El gobierno socialista, amigo del progreso y de lapaz interclasista, intenta con su discurso unir en un mismo proyecto de futuro los anhelos del capital y del Estado, y los de la gente a ellos sometida.

«Sin la solidaridad de los trabajadores, empresarios, sectores que no están en crisis, sector financiero y en definitiva la de todo el país, será imposible llevar la reconversión a buen término».

Es decir, se ofrece un proyecto común, una realidad igual para todos, no exenta de sacrificios, en vista a la promesa de un futuro mejor.

El Capital es siempre promesa de realización futura, exige poder disponer de tiempo (de trabajo) para poder reorganizarse frente a las nuevas necesidades. El progreso, como subordinación del presente al futuro, es un concepto del capital que impregna todos los aspectos de la vida social. En este sentido el

movimiento del proletariado, separado del movimiento del capital en la búsqueda de sus propias necesidades, se manifiesta como antiprogresista. En este caso el proletariado (en sentido amplio) se desmarca del discurso unificador que conlleva la exaltación de la Economía por el capital y el Bien Común por el Estado y reclama sus necesidades inmediatas: el presente para vivirlo.

La segunda dificultad con que se encuentra el capitalismo español para superar la crisis por medio de la reconversión industrial se halla en el propio funcionamiento del capital, tanto cuando se trata de capital nacional dirigiendo su producción al mercado interior, como cuando se manifiesta en competencia con el capital internacional.

Como hemos detallado antes, el gasto de la reconversión es esencialmente gasto público que se dedica bien a compensar pérdidas, bien a nuevos sectores de tecnología punta.

Pero la inversión que se dedica a compensar pérdidas o renovar material obsoleto no produce valorización de capital, es decir, no amplía capital; en el primer caso ni siquiera conlleva aumento de productividad y en el segundo (renovación de equipo obsoleto) el aumento de la productividad se realiza a expensas de la acumulación. El resultado es un aumento del gasto público que se emplea en la esfera del consumo, pues tanto la parte destinada a cerrar empresas que ocasionan pérdidas como la parte dedicada a cubrir por diversos conceptos (jubilaciones anticipadas, seguridad social, indemnizaciones) el desempleo que ello ocasiona, son desde el punto de vista del capital consumo improductivo en el sentido en que no

revierte dentro del proceso cuya finalidad es el capital aumentado.

En cambio la parte dedicada a crear nuevas empresas tecnológicamente avanzadas, en las que el Proyecto de Reconversión dedica casi la mitad de los recursos, sí es inversión neta, y por tanto productiva, es decir contribuiría positivamente en el proceso de formación de capital. Pero esta inversión no procede de los excedentes producidos en el sector privado, no es reinversión de recursos provenientes de procesos de producción rentables, sino que se realiza a expensas del gasto público y esto, en una situación de desequilibrio presupuestario, se traduce en un aumento del déficit.

Aún así está por ver cómo se las arreglará el gobierno socialista para crear empresas de tecnología punta. No vemos corno en una economía tan dependiente corno la española, se pueda participar de tecnología avanzada, corno la que señala la OCDE en el Informe Inter-futuros (electrónica, explotación de los océanos, bioindustria, etc) puesto que la investigación y la explotación en estos sectores ya está asignada a nivel mundial.

En resumen, el coste de la reconversión industrial se va a financiar con fondos del Estado, lo que implicará aumento del déficit. Puesto que los ingresos del Estado provienen en su mayoría de los impuestos y puesto que una forma de financiar el déficit es por medio de la inflación, estos dos mecanismos son los que van en definitiva a operar en el proceso de reestructuración industrial.

Dentro del plan general de reestructuración del capitalismo en España, la limitación del déficit por

parte del Estado parece uno de los puntos claves a la hora de intentar reconducir la rentabilidad del capital privado. Como quiera que la producción inducida por el Estado y sus gastos en general (subsidios de desempleo, seguridad social, industrias públicas, policía, ejército, trabajo comunitario, inversiones en mejoras viarias y de infraestructura, etc.) supone de hecho una detracción de parte de la plusvalía resultante de la productividad total, la limitación del gasto público arrojaría, como consecuencia inmediata, una mayor

El coste financiero de la reconversión industrial se estima en un billón de pesetas (aproximadamente la cifra representa el 80% del actual déficit presupuestario) de las cuales sólo 100.000 millones serán aportados por el crédito privado.

El origen de estos fondos, que serán liberados a lo largo de tres años, es:

150.000 millones	Directamente de los Presupuestos Generales del Estado.
150.000	INI (Inst. Nal. de Ind) por compensación de pérdidas.
100.000	INI, con destino a empresas públicas afectadas.
130.000	INI, por medio de créditos.
325.000	BCI (B. Crédito Industrial) provisión de créditos especiales.
100.000	Banca privada, a través del subcoeficiente de inversión.

Estas ayudas se van a emplear principalmente en dos partidas: se dedicará, 350.000 millones al saneamiento financiero (absorción de pérdidas) de las empresas y se dejan por otro lado 450.000 millones para Inversión de inmovilizado, con el propósito de favorecer un desarrollo tecnológico y nueva inversión dirigida a ofrecer los productos de calidad que demanda el mercado internacional.

Por último, sólo 70.000 millones se prevé que se destinen a financiar el coste laboral que supone la reestructuración de empresas y la consiguiente desocupación de los sectores afectados.

disponibilidad de ese producto total –de la plusvalía– susceptible de ser destinado a las inversiones «productivas» del capital privado, es decir, de ser acumulado como capital por los empresarios.

En realidad la producción inducida por el Estado – y el gasto público en general– sí es, como quisiera lord Keynes, un dinamizador de la economía capitalista en su conjunto; pero las limitaciones prácticas de la economía mixta que obliga a andar con pies de plomo a quienes son los encargados de la gestión del gasto público a fin de no desencadenar, precisamente, los efectos que se pretenden atajar (inflación, desempleo y crisis) acaban convirtiéndose, en la actual fase reestructuradora del capitalismo descendente, en limitaciones reales, históricas, de la economía política para hacer frente, en el terreno concreto de los hechos, a las condiciones derivadas del propio proceso de producción capitalista. De este modo, el gasto público ha dejado de ser un dinamizador, un elemento desencadenante del relanzamiento económico, para pasar a ser un mero amortiguador de las condiciones de crisis. Podría decirse que a medida que la situación se agrava con el consiguiente estrechamiento del margen de maniobra del capital frente a la depresión económica generalizada, la función del gasto público ha pasado a ser de mera complementariedad respecto al capital privado no ya de cara al relanzamiento económico sino en la ralentización del proceso depresivo. Lo que antaño sirvió para la expansión capitalista ahora ni siquiera sirve para mantener al sistema en estado estacionario. Por eso mismo la depresión económica se ha convertido en un proceso de crisis cuya profundización, aunque imparable, puede verse interferida por los recursos remanentes de la economía política (monetarismo, economía mixta) acabando por caracterizar el presente del capitalismo como crisis rampante (indefinida).

Pero la intervención estatal en la economía capitalista no es un elemento que se agote en el espacio de lo estrictamente económico, como pudiera inducir a pensar una consideración meramente técnica del capital en proceso, sino que tiene unos alcances sociales (de control estatal sobre la fuerza de trabajo) puesto que, en definitiva, el modo de producción capitalista no es más que un modo de (re)producción de las condiciones sociales de vida, así como las relaciones de producción no son sino relaciones sociales de producción. A decir verdad, el gasto público en cualquiera de sus formas (Estado asistencial, producción inducida) se ha convertido en uno de los elementos que reflejan la correlación de fuerzas y la tensión que preside las relaciones de clase en la

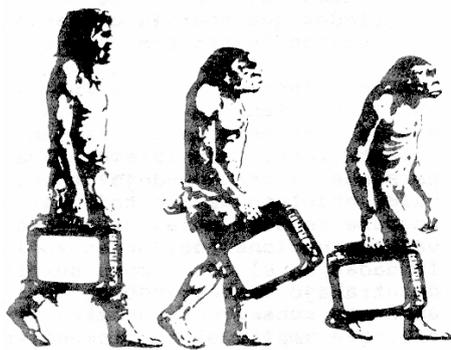
sociedad capitalista. Una reestructuración «salvaje» determinada exclusivamente por la competencia entre las empresas privadas tendría, como resultado inmediato, una extensión y profundización de la miseria sobre la población proletarizada, lo que acarrearía inevitablemente un recrudecimiento de la lucha de clases, como ya ocurriera en el periodo de entreguerras en USA. Para ello, el Estado asume la responsabilidad de amortiguar estos efectos mediante toda una variada gama de medidas de asistencia social. Pero todo el plan asistencial supone un coste que sólo puede ser afrontado por medio de la absorción de una proporción cada vez más importante de la plusvalía total producida y del incremento del déficit del Estado. Y, precisamente, porque ambos factores van en detrimento de la acumulación privada del capital, el Estado capitalista se ve compelido a limitarlos, reduciéndolos.

Es pues, en este contexto, que se explican las medidas adoptadas por el gabinete presidido por F. González tendentes a «reducir las pérdidas» en las empresas públicas dentro del plan general de «racionalización» del gasto público y reducción del déficit presupuestario. Pero estas medidas cobran especial relevancia si tenemos en cuenta el carácter «social» del gasto público, ya que si indirectamente beneficia al capital privado, lo hace de una forma indirecta por medio del conjunto de la población proletarizada que, bien a través del empleo público, bien a través de las diversas prestaciones sociales/asistenciales son los destinatarios de una importante proporción del gasto público. Es por eso que el plan de «racionalización» dirigido por el Estado capitalista español viene a complementar, aplicándose sobre la fracción proletaria compuesta por la fuerza de trabajo «improductiva» (de empleados, pensionistas, empleados públicos) las medidas tomadas de cara a mantener el control y reducir el valor de la fuerza de trabajo de la fracción proletaria incurso en el proceso productivo directo (topes salariales y Pacto Social).

Obviamente, las reducciones en el gasto público se efectúan exclusivamente a costa de las fracciones proletarias (limitación de las pensiones, reducción de prestaciones de desempleo, incremento de cotizaciones a la seguridad social...) ya que, por otra parte, la complejización y burocratización de la administración del Estado (y sus gobiernos autónomos), los gastos militares y los planes directamente represivos (ZEN, Ley Antiterrorista) exigen cada vez mayores gastos en la dotación de salarios y pertrechos a los cuerpos represivos.

El gobierno español, como los del resto de los países capitalistas, se ve obligado a nadar entre dos aguas.

Por un lado, arbitrando medidas de corte monetarista a fin de escamotear las condiciones reales de crisis y ganar tiempo con la esperanza de que, entretanto, se produzca un relanzamiento económico en los países capitalistas hegemónicos, y por otro, mantener un «mínimo» de asistencia social que garantice la paz social y evite el desencadenamiento de la lucha de clases. Cual será ese «mínimo» en las condiciones de vida que esté dispuesto a aceptar el proletariado es algo que dirá la propia clase obrera. De momento, la



conflictividad se ha desatado. El número de horas de trabajo perdidas en el año 1983 fueron superiores a las perdidas por las mis-

mas causas en el año 1982; y a juzgar por el tiempo transcurrido de 1984, todo parece indicar que la conflictividad se incrementará este año con respecto al pasado.

El chantaje psicológico que supone para el proletariado la perspectiva de desempleo así como el chantaje ideológico que pretende contener la lucha proletaria contra un gobierno supuestamente socialista parecen disiparse toda vez que se comprueba que la posibilidad o no del desempleo no depende sino de los intereses concretos del capital del cual los «socialistas» se han convertido en garantes. Además, la legitimidad que pudiera conferir a la reestructuración capitalista en España el hecho de estar al frente de la administración del Estado un gobierno «socialista» se desvanece, cuando se observa el dispositivo policial y represivo. La «razón de Estado» instrumentalizada por los socialistas para asumir sus responsabilidades en el control social del proletariado en España, los desenmascara en su verdadera naturaleza capitalista y represiva. La razón de Estado (en nombre de la cual se reprime a los huelguistas o se militariza el servicio del «metro» de Madrid) es siempre la razón del Capital, independientemente del partido que ostente el Gobierno.

El salario social

Como complemento a todo lo expuesto referente a la reconversión industrial creemos interesante exponer brevemente un resumen de lo que se llama eufemísticamente «salario social», término creado por

el capitalismo progresista en un intento de encontrar un «parche» al actual problema del creciente desempleo ocasionado por la reconversión industrial basada en los aumentos de productividad gracias principalmente a la introducción masiva de la robótica.

El presente texto está escrito teniendo en cuenta la terminología capitalista en vigor. Su valorización desde una óptica comunista es clara: se trata simplemente de un nuevo intento neokeynesiano que sólo puede aplazar a corto plazo el proceso de crisis propio de una política capitalista de producción. El salario social es el equivalente moderno al salario familiar del siglo XIX, cuando las luchas obreras obtuvieron la supresión del trabajo infantil y ciertas medidas «sociales» en favor de la familia. Se trata, en el presente caso, de ampliar esta situación al conjunto de la clase trabajadora, partiendo de la base de que el proceso productivo exige cada vez menos fuerza de trabajo, que es sustituida por las nuevas máquinas (fábricas automáticas, etc.).

Sin embargo, en la consecución del salario social dentro de la perspectiva capitalista hay dos vicios fundamentales desde su inicio: se trata de un salario (por consiguiente debe haber un trabajo por parte de quienes se beneficien de él aunque sea en tareas inútiles para que la clase obrera no escape del control capitalista); este salario debe sustentarse de las rentas del propio trabajo (a partir de una redistribución de las rentas de los trabajadores mediante una política fiscal dirigida por el Estado) sin que quede perjudicada la acumulación de capital, exigencia básica del sistema.

Debido a estos vicios inherentes, es lógico que el salario social sólo pueda introducirse en los países industriales más avanzados que pueden permitirse el lujo de solucionar los problemas de supervivencia de sus conciudadanos en paro, gracias a la elevada productividad conseguida en sus propias industrias o en los beneficios obtenidos de la explotación de los subproletarios de los nuevos países industriales en donde actúan las filiales de las multinacionales controladas por las grandes empresas de los países ricos.

Nuestra óptica es el rechazo del «salario social» porque creemos que es todo tipo de salario el que debe ser abolido, para promover una comunidad humana mundial donde la actividad de cada hombre sea capaz de generar una sociedad donde todos puedan encontrar la satisfacción de sus necesidades.

La sociedad industrial avanzada es una máquina suficientemente perfeccionada como para producir los bienes que necesita el conjunto de la sociedad, mediante un índice de ocupación menor a la capacidad de trabajo de la población activa.

Por consiguiente, los aumentos de la productividad gracias a la mayor organización científica del trabajo conllevan una real disminución de la población activa ocupada y, por consiguiente, un incesante incremento del número de personas en paro.

Ante esta situación, es absurdo plantearse una política de pleno empleo ya que la creación de puestos de trabajo debe seguir la ley de la racionalización del mismo. Los puestos de trabajo creados sin garantías de suficiente productividad resultan demasiado caros.

Parece más adecuado replantear de manera globalizada una política general de impuestos que asegure a todos los ciudadanos un «seguro de subsistencia» para cuando se encuentren en situación de paro sin perspectiva de próximo empleo.

Este «seguro de subsistencia» recibe el eufemismo de «salario social» para minimizar las connotaciones traumáticas que supone la pérdida del puesto de trabajo como sinónimo de fracaso social, que conlleva la necesidad de vivir de «la caridad pública».

En una perspectiva capitalista «avanzada», el salario social es aceptado como una carga colectiva que debe aceptar el sistema productivo bajo distintas condiciones:

- que haya simultáneamente una política demográfica acorde con las necesidades del sistema productivo.

- que el monto del salario social sea el de las simples subsistencias (teniendo en cuenta, claro está, el nivel de vida de la sociedad que lo practica).

- que el mayor porcentaje de los fondos necesarios para cubrirlo salgan de los impuestos por las rentas del trabajo de los asalariados que todavía conservan sus puestos de trabajo.

Simultáneamente se va influyendo en la conciencia social (a partir de los mass media y de las nuevas orientaciones del sistema educativo) para que el trabajo deje de ser un valor absoluto al que todo ser humano debe tender, para que nazcan nuevas concepciones del orden social fundadas en el ocio, como sustituto del trabajo (integrando el ocio como un nuevo subsector económico terciario, que amplía el tradicional subsector del turismo y las vacaciones).

El salario social sólo es posible dentro de una perspectiva planetaria de naciones industrializadas que obtienen una plusvalía a costa de otros grupos humanos más proletarizados (Tercer Mundo).

Finalmente, dado que la organización científica del trabajo es un método muy eficaz de control social, el capitalismo avanzado puede plantear –desde una perspectiva de asegurar el control del proletariado– la

necesidad de realizar trabajos inútiles desde una óptica productiva para garantizar el «salario social» de los desocupados. Así se evita el que surjan grupos marginales autónomos que pongan en duda la validez del sistema capitalista que asegura su subsistencia.

Los límites del Capitalismo

Un hecho sobre el que quisiéramos atraer la atención es que, precisamente porque el proceso de reestructuración del capital –del cual la reconversión industrial es un elemento– acarrea un empobrecimiento generalizado de la población proletarizada cuando se prolonga e intensifica la aplicación de los planes del capital, el antagonismo social aparece bajo la forma de contraposición entre las necesidades de acumulación del capital y las necesidades específicas de la fuerza de trabajo sometida al capital en proceso. Es aquí y ahora cuando la contradicción entre el desarrollo de la fuerza productiva y las relaciones sociales de producción, se hace más patente. El actual grado de desarrollo de las fuerzas productivas ofrece, como resultado, un relativo grado de abundancia (crisis de superproducción); denota en cualquier caso una potencialidad productiva que se paraliza al hallarse sometida a los mecanismos que rigen el capital en proceso. Ahora bien, vemos que vinculada a esa situación de superproducción se extiende una real situación de penuria no solamente en las áreas geográficas de hambre secular sino, incluso, entre la población proletarizada de los propios países capitalistas metropolitanos.

Hemos llegado a un grado en el desarrollo de las contradicciones en el que se hace inevitable explicitar en formulaciones concretas de combate anticapitalista la contradicción existente entre la «riqueza socialmente» producida y la apropiación individual (privada) de la misma por parte del capital.

La abundancia generada por el proceso de producción capitalista (crisis de superproducción) no es sino proliferación de mercancías, de valores de cambio, de valores para-el-Capital. Es decir, cada mercancía sólo tiene valor (para el capital) en la medida que puede ser realizada (en el mercado), convertida en dinero que puede ser, a su vez, acumulado como capital. Por eso mismo, el capital sólo considera el producto (la mercancía) bajo la perspectiva del cambio (valor de cambio). Ahora bien, precisamente porque hay que romper los límites impuestos por el capital, el replanteamiento del antagonismo en términos de lucha de clases ha de pasar necesariamente, cada vez con mayor explicitación, por el redimensionamiento de la mercancía en su doble naturaleza de valor de cambio

y valor de uso: o sea, sobre la base de la diferenciación de lo que es valor para el capital (valor de cambio) y lo que es valor para el proletariado (valor de uso). El valor de uso de la mercancía «reapropiada» por el proletariado al capital adquiere así una nueva dimensión, la de la utilidad, la de ser objeto de consumo para el sujeto social.

Es hacia esta recuperación proletaria del valor de uso –que niega en realidad, toda categoría fetichista de valor– hacia donde apunta la superación real de los límites del capital por parte de la acción proletaria. Aquellos momentos históricos en los que la ofensiva del proletariado fue más radical y resueltamente anticapitalista (soviets, Comuna de París, Berlín 1918, España 1938) la práctica de la lucha se orientaba en este sentido de «reapropiación» de la riqueza

materializada en los medios de producción, distribución y consumo. Es decir, en el sentido de «reapropiación» social de lo que es producido socialmente.

En cierto modo, la parte del gasto público destinada directamente a la satisfacción de ciertas necesidades sociales, de utilidad pública, por ejemplo, así como las subvenciones a la asistencia social, son formas de reapropiación, aunque mistificadas, y gestionadas por el Capital (por el Estado), de la riqueza puesto que no tienen otra finalidad que la de contener la «presión» social, si bien sorda, no menos constante, de los desheredados del sistema capitalista cuyo número aumenta de día en día.

Etcétera.

Resumen estimativo de los planes conocidos de reconversión de sectores industriales

<i>Sector</i>	<i>empresas afectadas</i>	<i>Duración Plan (años)</i>	<i>Coste estimado (millones)</i>	<i>Plantilla</i>	<i>Reducción plantilla</i>
Siderurgia integral	3	1981-83	158.700	43.000	5.800
Aceros comunes y espec.	83	1981-84	69.000a	29.000	5.000
Construcción naval	31	1981-83	13.800a	44.000	6.000
Bienes de equipo	5	1981-84	7.100b	16.000	5.000
Forja pesada	2	ND.	ND.	2.300	600
Electrodomésticos	20	1981-85	12.000a	30.500	7.000
Papel	2.500	1981-86	9.000b	25.000	2.000
Textil	7.200	1981-86	125.000	420.000	43.000
Calzado	1.400	1981-84	18.000	63.000	5.000
Componentes eléct. automoción	2	1981-83	14.300	7.300	1.700
Componentes electrónicos	3	1981-84	2.420	4.000	600
Total			429.320	684.100	81.700
Otros sectores: Fundición y semitransformados en cobre. Construcciones metálicas y calderería.					
a: Estimación propia.					
b: Estimación propia que implica aprox. duplicar la inversión media anual del período 1978-79					
ND.: No disponible					
Fuentes: Ministerio de Industria e información de prensa.					

SAGUNTO

Estas alturas es difícil decir algo nuevo sobre el problema de Altos Hornos del Mediterráneo (A.H.M.). Ríos de tinta se han vertido para demostrar la rentabilidad de la instalación de la IV planta siderúrgica integral. Todos los informes económicos que se han llevado a cabo, exceptuando a la actual Administración, así lo han ratificado. Entre estos, el informe Kawasaki, el más conocido y elaborado, ha sido concluyente al respecto.¹

Aún no hace tres años (agosto de 1981), R.A.C. Richards, en un estudio titulado: *La estrategia del acero de España se centra en Sagunto*, aseguraba:

«Se están realizando esfuerzos muy resueltos para incrementar la industria española del acero. El último plan del acero nacional después de largas discusiones en el Gobierno, Sindicatos y los fabricantes de acero apunta a conseguir una plataforma estable para un nuevo crecimiento.

Unas inversiones sustanciales del Estado permitirán a las tres mayores industrias del acero equilibrar sus libros, ajustar las cuentas no pagadas y poner al día sus instalaciones de producción. El grueso de la inversión sigue la favorecida corriente de A.H.M. del Plan de Sagunto, elegido originalmente como el lugar de la IV Planta Integral de España.

Bajo un creciente y autorizado plan del acero, el Gobierno español ha dado fin a las controversias desarrolladas acerca del lugar donde se debe instalar el nuevo tren de bandas en caliente. A pesar de que el anterior Ministro de Energía e Industria indicó que sería instalado en la planta de acero de Ensidesa en Avilés, el actual ministro D. Ignacio Bayón ha nombrado a Sagunto como el lugar de destino de esta importante inversión».

Pero es inútil. A mi parecer es erróneo plantear el problema desde el punto de vista de la rentabilidad del Capital a nivel local. Hoy la estrategia del capital está planteada a nivel mundial y solamente desde esa perspectiva es posible comprender las causas que obligan al desmantelamiento de una parte de la siderurgia de Sagunto.

¿Pero es suficiente la explicación de la entrada de España en la CEE para arrojar alguna luz sobre el problema? No del todo. Si bien es cierto que los socialistas heredaron una situación económica nada halagüeña, también es verdad que tenían muy claro que su cometido al acceder al poder era servir los intereses de un capitalismo que ya supera las estrechas barreras nacionales; un capitalismo transnacional que intenta su reestructuración sobre bases de racionalización que superen las crisis nacionales. Y en este contexto el acondicionamiento de la siderurgia integral en Sagunto pondría en peligro la siderurgia italiana y francesa del mediterráneo, al convertirse en un fuerte competidor en este terreno.

Desde esta perspectiva, la desindustrialización del país valenciano no asume características excesivamente graves para el Capital si lo que se trata es de potenciar las tradicionales áreas industriales españolas.

En 1944, las provincias de Málaga y Sevilla producían el 88% del hierro colado español. Razones inicialmente de tipo técnico hicieron desaparecer aquella industria: el precio del carbón era muy superior en Andalucía que en Asturias, de forma que la producción de hierro resultaba entre un 40 y un 60% más cara en el Sur, que no pudo resistir la competencia cantábrica.²

El origen de la instalación de la Siderúrgica de Sagunto, se debe a su proximidad al mar y, fundamentalmente, a las minas de mineral de hierro de Ojos Negros, en la provincia de Teruel, en las que se inició la extracción de mineral en la época romana. En el año 1900 se constituyó la Compañía Minera de Sierra Menera que decidió construir una vía férrea que uniese directamente las minas con el Puerto de Sagunto (204 kms.) para poder exportar el mineral desde este lugar. En 1917 se constituyó la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo, sobre un terreno de 66 Has.

En enero de 1923 el alto horno nº 1 dio la primera colada, figurando en la plantilla 1841 obreros. En agosto de 1924 se hizo la primera colada de acero. En 1940 la empresa vizcaína Altos Hornos de Vizcaya se hizo cargo de la explotación de esta fábrica. El 19 de octubre de 1968 el Ministro de Comercio comunica oficialmente la decisión del gobierno de que la IV Planta Siderúrgica se instale en Sagunto.

En 1974 se empieza a construir la IV Planta en su fase final, o sea, un tren de Bandas en Frío, para progresivamente ir construyendo el tren de Bandas en Caliente, Coladas Continuas, Acerías, Hornos Altos, Baterías de Coque y resto de instalaciones que, conforme se fuesen poniendo en marcha, sustituirían a las actuales.

Hoy la cuestión está planteada de una forma clara; el 27 de febrero del año pasado, Solchaga anunciaba en Sevilla: *«Estoy dispuesto a llevar a cabo una política de reestructuración industrial, al coste que sea».*

Por el momento y mientras Sagunto abastezca a las instalaciones de Ford en Valencia y General Motors en Zaragoza, una parte de la siderurgia del Mediterráneo será mantenida. Pero con todo, el deterioro de la comarca saguntina será ya irreversible, a pesar de las industrias alternativas que piensan instalar en dicha comarca. Por una parte, no cubrirá ni un mínimo de los puestos de trabajo que se pierdan en la siderurgia y, por otra, serán industrias que tenderán exclusivamente a salvar la coyuntura.

La lucha planteada hoy en Sagunto no es meramente una lucha por la defensa del puesto de trabajo, es también

una lucha frontal contra el Estado y es en este sentido que hay que extraer las enseñanzas para un futuro ya no muy lejano. Si en un tiempo pasado las luchas por la subida de los salarios y el mantenimiento del coste de la vida tuvo algún sentido, hoy estas luchas están plenamente integradas dentro del sistema de explotación capitalista y en ciertos momentos incluso el propio sistema les presta aliento; por ello las luchas, a partir de ahora, han de ser diferentes en el sentido de significar una desobediencia a las normativas que el Estado fija y determina. La solidaridad con la lucha de Sagunto sólo podría conseguirse si se llegara a poder generalizar dicha desobediencia. La lucha contra el Estado es una lucha en la que el primer objetivo es el desmantelamiento del mito de la autoridad. Ésta actúa con el terror, tanto físico como psicológico (torturas, marginación, pérdida del puesto de trabajo, inseguridad, etc.); luchemos contra el miedo y habremos vencido a la autoridad.

Notas

1. Las ideas fundamentales del informe Kawasaki son las siguientes

1. Ninguna de las tres siderurgias integrales españolas son rentables en la actualidad.

2. El futuro de la siderurgia española está centrado en la IV Planta Siderúrgica de Sagunto.

3. La tarea más urgente consiste en el cierre de las instalaciones obsoletas, que para Sagunto ÚNICAMENTE AFECTA A LOS TRENES DE LAMINACIÓN BLOO-BLOOMING Y ESTRUCTURAL, ya que la cabecera, pese a su antigüedad, permite fabricar el arrabio a un precio competitivo.

4. El cierre de las instalaciones citadas en Sagunto está condicionado al montaje y puesta en marcha, a pleno rendimiento, de coladas continuas de slabs.

5. Debe instalarse un tren de bandas en caliente (TBC) junto a la factoría de laminación en frío, de manera que esta última pueda alcanzar sus máximas posibilidades de calidad, dimensiones y rentabilidad.

El coste de las inversiones previstas en el informe Kawasaki para la totalidad del sector siderúrgico nacional hasta 1995 es de 1542 millones de dólares (enero 1982).

Las ventajas económicas (beneficios) en dicho período, 3.681 millones de dólares. El tiempo de recuperación de la inversión, 4 años y 5 meses. La tasa interna de rentabilidad, 32,2%.

De estas inversiones para la reestructuración de las tres siderurgias integrales españolas, corresponden a Sagunto: 714 millones de dólares, con unas ventajas económicas (beneficios) de 1.415 millones de dólares, un tiempo de recuperación de la inversión de 6 años y 3 meses y una tasa de rentabilidad del 24,8%

Hay que destacar que estas inversiones previstas deberán realizarse en un período de doce años y gozan de altísima rentabilidad con un corto plazo de amortización.

Alternativas al informe Kawasaki Steel Corporation:

El informe Kawasaki está basado en las más modernas técnicas de prospectiva, estudios de mercados e investigación operativa.

Por parte de las siderurgias de Avilés y Vizcaya, una vez conocidas las conclusiones del informe Kawasaki, se presentaron alternativas en las que figuraba como polo central de desarrollo de la siderurgia española, sus respectivas zonas de influencia.

Una vez estudiadas por la firma japonesa, sus conclusiones fueron las siguientes:

- Alternativa 1 - Reforzamiento de Ensidesa

Consiste en la instalación de un TBC y una nueva acería en Avilés, cerrando las actuales y, además, la fábrica integral de Sagunto.

Esta alternativa es la que al parecer pretende aplicar actualmente la Administración.

La propuesta, una vez estudiada por Kawasaki, dio lugar a las siguientes conclusiones :

Incremento de la inversión inicialmente prevista en 23.000 millones de pesetas, sin mejoras de rentabilidad. Además no da soluciones para la siderurgia nacional a partir del año 1995.

- Alternativa 2 - Reforzamiento de AHV

Consiste en cerrar la fábrica integral de Sagunto, instalando una nueva acería en AHV

Esta propuesta, una vez estudiada por Kawasaki, fue contestada como sigue:

Supone un incremento de inversión sobre la inicialmente prevista de 25.000 millones de pesetas, con disminución de la tasa de rentabilidad. Además, tampoco da solución para la siderurgia nacional a partir del año 1995 y no contempla la la instalación de un TBC competitivo, pues la alternativa sólo incluía la reforma de los existentes.

De lo anterior se desprende que la solución de menos coste y mayor rentabilidad es la que propone Kawasaki, que prevé mantener las instalaciones de Sagunto a plena producción y la instalación de un TBC hasta que llegue el momento de completar la IV Planta Siderúrgica Integral.

2. CALERO, Antonio M.- *Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936)*. Siglo XXI, Madrid, p.1-2

Etcétera.

Correspondencia

(...) Recibí el nº 1 de Etcétera, del que he apreciado el rigor de los artículos que he leído, particularmente los que tratan sobre la situación en España y sobre las nuevas tecnologías.

Me gustaría recibir los resultados de vuestra reunión de enero, ya que no pude ir (dinero, niños, etc.). Gracias.

Por lo que se refiere a vuestro análisis del papel de la nueva tecnología en el capital, estoy completamente de acuerdo. Por mi parte, en lo que yo he escrito, he intentado simplemente ver las cosas de una manera más pragmática, por una parte porque desconfío de la teoría y por otra porque así el texto es más comprensible para aquellas y aquellos con los que discuto, trabajadores manuales por lo general. En mi fábrica y entre varios camaradas este texto ha suscitado de nuevo discusiones y una globalización interesante pero no evidente para la mayoría de nosotros.

Mi única crítica de vuestro texto, es la de un cierto optimismo en cuanto a la luchas (¿destrucción de ordenadores? ¿dónde?) que se dan en este terreno de una nueva organización del trabajo gracias, entre otras cosas, a las nuevas tecnologías. Tampoco, hago el mismo análisis sobre la proletarianización de la antigua aristocracia obrera, pues pienso que la clase de los obreros y de los empleados estables de los países industrializados forman la aristocracia obrera mundial si comparamos su poder y sus ingresos con el conjunto de los trabajadores de todo el mundo.

M.B.

Francoamente no soy experto en este terreno pero me impresionó bastante el artículo de Murray Bookchin *Towards A Liberatory Technology*. Se trata de un enfoque algo distinto del de Braverman (sobre cuyas ideas está basado vuestro artículo) en el sentido en que señala que:

Por primera vez en la historia, el campo de la tecnología está absolutamente abierto. Las posibilidades de su desarrollo, es decir de creación de máquinas que puedan reemplazar la mano de obra son prácticamente ilimitadas. Ha pasado del terreno del invento al del diseño, del descubrimiento fortuito al de la innovación sistemática.

En una sociedad diferente se puede adoptar (y adaptar) la tecnología a las necesidades del hombre. Hay una traducción francesa de este texto. Os puedo enviar una fotocopia si queréis. Creo que se trata de un texto muy interesante. Nosotros hicimos el comentario de él en *Socialisme Mondiale* nº 6, 1976.)

Pero volviendo a nuestra discusión sobre la relación entre la abundancia y el comunismo, tú escribes:

«sobre esta cuestión, creo que el comunismo no es principalmente una cuestión de abundancia, sino de solidaridad, es decir, aparte del problema de determinar de manera no ideológica lo que es la abundancia (la cuestión de las necesidades, de los deseos,...), la cooperación puede darse en la escasez y la no cooperación en la abundancia (como es el caso en algunas sociedades primitivas: M. Mead)».

A pesar de las dificultades creo que puede intentarse una definición de la abundancia. Evidentemente, no puede definirse como hecho físico o tecnológico ya que el término expresa una relación. Abundancia, ¿en relación a qué? El qué, ciertamente, no puede ser otra cosa que «las necesidades», y, ya que las necesidades están socialmente determinadas, quiere decir que la abundancia es un hecho social. Es por esto, por otra parte, que puede decirse que la gente de la edad de piedra vivía en la abundancia (ver Sablins) a pesar de que su nivel tecnológico era muy, muy bajo en relación al de hoy. Vivían en la abundancia puesto que los recursos de que disponían eran suficientes respecto a las necesidades que ellos tenían en tanto que miembros de su comunidad. Sugiero pues como definición de abundancia: «La abundancia, es un estado en el que los recursos son suficientes (o superiores) a las necesidades individuales y sociales». De esto se deduce que la abundancia es una condición previa del comunismo ya que, antes que pueda establecerse y funcionar una sociedad comunista, los recursos tendrían que ser suficientes para satisfacer las necesidades de los hombres que en él vivieran. Es por esto que yo dudo en seguirte cuando dejas entender que, para el comunismo, la «solidaridad» sería más importante que la «abundancia» (en el sentido de «no escasez»).

¿Crees verdaderamente que el comunismo podría sobrevivir en condiciones de «escasez»? Es decir en condiciones en que los recursos no serían suficientes para satisfacer las necesidades? Esto querría decir que la gente tendría que restringir voluntariamente su consumo (=no satisfacer plenamente al menos algunas de sus necesidades). ¿Pero por qué lo harían? ¿Sólo por un sentimiento de solidaridad?

Quizá sería posible durante un corto periodo de tiempo después del cual estarían seguros de satisfacer sus necesidades materiales más o menos plenamente, pero no permanentemente. Creer lo contrario sería abandonar el materialismo considerando que la moral (un sentimiento de solidaridad) podría contrarrestar un hecho material (la no satisfacción de todas las necesidades materiales). En este punto estoy de acuerdo con lo que Marx y Engels dijeron a

este respecto en *La Ideología Alemana en 1845* (citado por Bookchin en su texto):

«El desarrollo de las fuerzas productivas es una condición práctica previa absolutamente indispensable ya que, sin él, será la escasez lo que se generalizará, y con la necesidad, es también la lucha por lo necesario lo que volverá a empezar y se volverá fatalmente a caer en la misma antigua mierda».

Yo diría incluso que el no-éxito en las colonias comunistas de Owen y de Cabet en el siglo pasado confirma que el comunismo no podría sobrevivir mucho tiempo en condiciones de «escasez» (=en que los recursos son insuficientes para satisfacer las necesidades materiales).

Admito que la palabra «abundancia» puede tener connotaciones algo irritantes —despilfarro, superfluo, opulencia, saturación, etc.— pero, en todo caso, es preciso subrayar el hecho de que en el comunismo no habrá problemas de aprovisionamiento material. Quizás, para evitar malentendidos, se tendría que hablar de «suficiencia» de recursos (más bien que de abundancia de recursos) como condición necesaria al funcionamiento de una sociedad comunista. ¿Qué crees?

Si me detengo sobre esta cuestión de la abundancia, es porque nuestra insistencia en Socialisme Mondial sobre este aspecto nos ha valido varias críticas. De hecho tenemos ya un pequeño «dossier» de cartas sobre esta cuestión que podríamos pensar en publicar en un próximo número.

A.B.

A propósito de Etcétera: Es ya una buena cosa de por sí, por el mero hecho de que sois vosotros que lo hacéis. Abordar la situación española en el n° 1, es un progreso en relación con el primero n° 0, donde tanto se hablaba del Brasil, Italia, etc. En éste n° 0, había una nota sobre las ocupaciones de Gallecs que a mi manera de ver es un modelo del género de correspondencia para el Boletín.

El lenguaje, Marx y sus discípulos, es muy difícil de leer y por tanto de comprender. Una muestra:

«...El proceso de desmitificación que es parte de la emergencia de la subjetividad proletaria, debe disolver las esencias, las sustancias y las categorías solidificadas en el reino del espíritu —en la otra subjetividad— y reconducirlas a la materialidad de su génesis en el proceso social cohesionado por relaciones de poder...».

Sin contar otras: «conciencia omnisciente», «la hipostasiación», «relaciones reificadas», «momento cosificado», «en el mundo etéreo de las ideas», etc. etc.

Vuelvo a deciros que el hecho de que existe es ya un mérito. Lo demás se puede mejorar en el boletín.

F.G.

Queridos camaradas.

(...) El viernes 13 de abril fuimos a París para ir a la manifestación de los siderurgistas de Lorraine. A partir de lo que vimos, puede decirse que el movimiento de resistencia a los planes de reestructuración industrial está controlado por los sindicatos (aparte de una pequeña minoría de proletarios radicales completamente marginados) y está amordazado por las peores tonterías nacionalistas.

Por lo que respecta al control sindical: en la manifestación no hubo policía (salvo al final) a pesar de su importancia y del precedente del 23 de marzo del 79. Por contra, lo que sí hubo fueron los servicios de orden sindicales (CGT, CFDT, FO, CGC, CFTC).

Por lo que respecta al nacionalismo: puede decirse que esta marcha se ha colocado bajo el signo de la defensa del acero francés. Al escuchar sus gritos y sus eslogans podría pensarse que los participantes no se manifestaban por defender sus intereses, sino para defender la industria francesa. Entre los eslóganes más coreados había «¡La Torre Eiffel, esto es acero francés!». Igual por lo que se refiere a las pancartas; una por ejemplo decía: «1914-1939-1984, en nombre de sus muertos, la Lorraine pide a Francia que no abandone». En otras, Alemania y Luxemburgo eran designadas como enemigas de la economía francesa.

«El acontecimiento más significativo tuvo lugar en la cabeza del cortejo poco antes del comienzo de la mani. Un grupo reducido aunque muy combativo de varias decenas de personas, se dirigía hacia la mani subiendo por el boulevard Diderot del que ocupaba toda la anchura. Se trataba de una delegación de los siderurgistas belgas, miembros de la Federación General de los Trabajadores Belgas, que venían de Lieja para expresar su solidaridad de clase con los trabajadores franceses. Llevando banderas rojas y cantando la Internacional, careaban eslóganes que afirmaban la realidad de un mismo enfrentamiento de clase más allá de las fronteras nacionales. La reacción de los servicios de orden sindicales no se hizo esperar: rayando casi el enfrentamiento físico los belgas fueron rechazados mientras éstos continuaban gritando «contra la Europa del capitalismo, viva la Europa de los trabajadores», los del servicio de orden de la CGT gritaban «fabriquemos francés».

Concluyendo, puede decirse que este día no se vio a la clase obrera, sino al pueblo (confundidas todas las clases, trabajadores unidos a sus jefes y a los ingenieros) gritando contra el hecho de que más allá de las frontera, otros proletarios osaran fabricar acero. Y no nos hagamos ilusiones: las decenas de miles de manifestantes del día 13 de abril expresaban mejor la realidad actual del movimiento social en Lorraine que los pequeños grupos de proletarios radicales que incendiaron edificios de la patronal y del gobierno.

E.

C. 16.3.84

En el nº 1 de ETCÉTERA que habéis publicado, contiene artículos de una extensión exagerada. «En el paraíso socialista», cinco páginas recto-verso es demasiado; publicada en dos veces hubiera sido mejor. La manera que el autor emplea para desmitificar el partido socialista, la encuentro bastante bien, salvo la conclusión. No se puede afirmar que el proletariado sacara una experiencia del «socialismo» español y que será el preludio de una nueva dimensión de la lucha de clases.

El artículo «Sobre la situación en España» no hay mucha diferencia en sus conclusiones con el primer artículo. La descomposición probable del Partido Socialista no determinará obligatoriamente un aumento de la subjetividad de la clase obrera aunque en las próximas elecciones se produzcan muchas abstenciones. Es indudable que si las derechas toman otra vez el Poder, no habrá cambios fundamentales en el horizonte político-económico español; el contenido «democrático» que los socialistas han dejado durante su paso en el gobierno no será modificado, porque ellos mismos no han cambiado ni un milímetro la naturaleza de las instituciones que en un tiempo heredaron.

Pocos comentarios sobre las multinacionales, las conclusiones del artículo o mejor dicho el análisis que el autor saca me parecen justas.



El debate sobre la tecnología, pocas cosas tengo que decir, solamente que será el grado de subjetividad del proletariado que

determinará toda aplicación político-económica, y la tecnología, como todas las otras actividades humanas, se establecerá en función de las necesidades generales de la sociedad en el curso de su evolución.

En cuanto al trabajo de los compañeros de Venezuela, la crítica que puedo hacer se limitará al lenguaje que emplean. El problema que más preocupa a los revolucionarios en nuestra época, es de desmitificar las diferentes corrientes «marxistas» y sus interpretaciones y en función de esta necesidad, lo primero que hay que hacer es emplear un lenguaje claro y sin pretensiones intelectuales. Es evidente, que este texto es interesante en la medida de una discusión teórica, ¿pero creéis sinceramente que los obreros portuarios de Barcelona y en otros lugares de España sacarán conclusiones precisas de este texto? Si ETCÉTERA quiere formular orientaciones teóricas en su contenido podéis estar seguros que sólo los iniciados podrán leerlo; la guerra social son las clases sociales que la harán y nadie más que ellos; este «axioma» hay que tenerlo constantemente en el espíritu de cada uno si no se quiere caer en la frase de Lenin que «no habrá revolución posible sin partido revolucionario», es decir, el profesionalismo intelectual...

El artículo «Cada día hay más extranjeros en el mundo», a mi parecer plantea mal el problema. Si hay extranjeros es por que existen entidades nacionales, capitalismo nacional, espíritu nacional; no tenéis nada más que echar una ojeada en España para ver que hay un nacionalismo vasco, catalán, gallego, etc... Es indudable que este nacionalismo está alimentado por los intereses capitalistas de estas regiones, pero que se apoya en los deseos populares de ser vasco, catalán, gallego, etc (aún estamos muy lejos del internacionalismo proletario); hablan el vasco, gallego, catalán y todo lo que comporta una lengua detrás de ella; ya sabéis como llaman a los emigrantes andaluces que van a Cataluña, a los que van a Vasconia. ¿Sabéis como llaman los franceses a los emigrados españoles, italianos, árabes? Cada emigrado tiene un apodo colocado en la espalda; centenares de veces he oído decir «sale étranger» de la boca de los proletarios franceses. No, los trabajadores franceses soportan mal la presencia del emigrado, no porque se consideran ellos mismos proletarios sino porque tienen la impresión de una concurrencia desleal en el plano profesional y sobre todo cuando estos ocupan grandes sectores de la producción como ocurre en Francia» (más de 4 millones). Hay que tener en cuenta también que la gran mayoría de emigrantes carecen de un mínimo de conciencia de clase y son una mano de obra dócil y poco remunerada; el hombre que emigra lo hace principalmente por motivos económicos y su actitud es en principio una renuncia a sus deberes de clase en su país; los capitalistas lo saben bien y es por este motivo principalmente que en períodos de prosperidad económica, facilitan la entrada a millones de extranjeros. No, los obreros de Lorraine ni en ningún sitio de Europa aún no han verificado que el capitalismo les ha convertido en extranjeros por la simple razón que aún existen entidades nacionales y lenguas diferentes; el día que se habla una lengua en el plano universal o al menos en la escala continental, podremos decir que no hay más que extranjeros en el mundo. El artículo tiene el mérito de clarificar, o mejor dicho de provocar, un diálogo sobre el contenido de clases de los obreros en cada país; el «abajo todas las patrias» del final del artículo estoy de acuerdo, pero el «abajo Francia» es completamente inútil porque tiene una significación nacionalista.

La nota de lectura sobre «Elementos fundamentales para la crítica de la economía política» la encuentro también un poco extensa; en dos partes hubiera sido mejor. Las notas al final del artículo son insuficientes, dado el carácter didáctico del trabajo; hay que explicar la naturaleza y la interpretación que Marx daba al capital variable, capital fijo, capital invertido, como a la ley del valor, el valor de uso y el valor de cambio, teniendo siempre presente (lo repito una vez más) que ETCÉTERA debe ser un órgano de expresión comprensible a todos los que se interesan en la lucha de clases y en particular a los trabajadores.

A.R.

INGLATERRA: DE NUEVO LA LUCHA DE CLASES....

El pseudo triunfo electoral de los conservadores y, en particular, del clan Thatcher es, ante todo, una victoria del capital financiero internacional sobre el capital industrial inglés. Tal triunfo, debido únicamente al sistema electoral (menos votos, más escaños), disimula mal el 30% de abstención (que en los distritos obreros e inmigrados alcanzó el 50%), cosa que viene a situar, a grosso modo, el mapa político en 1/3 de no votantes, 1/3 de conservadores y 1/3 de laboristas y liberales. Y lo que disimula peor aún es la necesidad de no hacer peligrar el poder, aplazando un enfrentamiento político que podía producirse en plena crisis social y que, a pesar de la crisis, ni los sindicatos ni el arsenal legislativo hubieran podido contener.

Un artículo del *Financial Times* del 4 de mayo de 1983, «Las palabras hablan más fuertes que las huelgas», analizaba los efectos de la crisis sobre los sindicatos. El fracaso de las grandes huelgas de los últimos años: acerías, ferrocarriles, hospitales, funcionarios, fueron antes que nada su propio fracaso, pillados entre la determinación de la base y su función dentro del capitalismo, no podían hacer otra cosa que poner fin, lo más rápidamente posible, a un conflicto. Toda acción autónoma debe ser recuperada pues es peligrosa para el sindicato. Aunque las acciones de propaganda no encuentren ningún eco, las Trade Unions deciden consagrarse a «la propaganda y a la educación de los afiliados y al público en general» y relegar las huelgas a un segundo plano.

En el mismo momento en que las Trade Unions adoptaban esta orientación, la Federación Patronal Metalúrgica constataba entre los obreros una mayor resistencia debido a una situación de descontento en la base. En toda la región industrial de West Midlands, la más castigada por la crisis, sobre 1200 empresas, que el año pasado habían registrado dos o tres huelgas por día, hoy ya son una docena (contra cuarenta antes de la crisis); y parecida situación se da en otros sectores. Un dirigente patronal declaraba: —creo que hay un cambio en las actitudes, hay una mayor contestación a las decisiones de los dirigentes sindicales y de los dirigentes empresariales—. Se piensa abiertamente que las huelgas son más difíciles de solucionar debido al descenso de la influencia de las burocracias sindicales. El mismo artículo que relataba estos hechos (4.5.83) constataba que «el enorme entramado de —shop stewards— que es una de las características de la industria inglesa, continúa funcionando, aunque

ciertamente traumatizado, debido a que tanto los patronos como los trabajadores lo necesitan». Quedan descritos, en el contexto actual, los cuatro elementos que, con intereses distintos, interfieren en la acción de unos y de otros: la dirección patronal (management), el aparato sindical (los «oficiales»), los delegados de base (shop stewards) y los trabajadores.

En el período que acabamos de pasar, posterior a la gran oleada de huelgas durante el invierno 78-79, muchas cosas han * cambiado, y, quizás, no tanto debido a la extensión de la crisis y del paro y su manipulación para presionar sobre los obreros, sino, más bien, a la ola de las nuevas tecnologías que inunda a las empresas punta. El conjunto ha significado y aún significa una completa reestructuración de muchas industrias, en las que las «desnacionalizaciones» de las que tanto se habla no son más que un aspecto particular. Esta mutación comporta una transformación de las condiciones de explotación y de las estructuras que viven es esta explotación, empezando por los sindicatos. Como escribía otro artículo del *Financial Times* del 22.4.83, a propósito de las huelgas de las que luego vamos a hablar, «Disturbios... pero no son como antes». Describiendo la actual situación de los trabajadores del sector automovilístico, *Workers Playtime* en junio 83 escribía: «Trabajar en las cadenas de la industria del automóvil es literalmente la muerte... El militantismo de principios de los 70, del que los izquierdistas hablan con nostalgia, implicaba el absentismo cuando los trabajadores no podían seguir el ritmo, y un «turn over» crecido en aquellos puestos imposibles de ocupar durante largo tiempo. Las nuevas regulaciones, como por ejemplo la de British Leyland, han eliminado una gran cantidad de protecciones que los trabajadores habían conquistado. La crisis, en el contexto de un paro masivo, ha dejado a dichos obreros aterrados de pensar que pueden dejar su puesto sin siquiera una indemnización. El resultado ha sido que, en lugar de resignarse a ir a morir fuera, se quedan a morir en su puesto de trabajo. Lo maravilloso no es lo que dice Thatcher que pretende haber descubierto en los obreros un «nuevo realismo», sino que estén dispuestos a ir a trabajar en sitios como Cowley (fábrica de la British Leyland) por 80 libras a la semana».

Paralelamente a esta presión, ligada a la introducción de nuevas tecnologías y a recortes draconianos en los efectos (por ejemplo la Chrysler G.B., convertida en Talbot bajo Peugeot, ha reducido sus efectivos

ingleses, en cinco años, de 22.000 a 6.000), todo el sistema consultivo sobre la fijación del contenido de los puestos de trabajo, de los ritmos de trabajo, ... que daban un gran poder a la base y que hacían de los «shop stewards» intermediarios potentes en la explotación, ha sido barrido y sustituido por nuevos sistemas, variables según las empresas, pero que todos tienden a eliminar los conflictos y a devolver a los dirigentes y a los gerentes la totalidad del poder de decisión: esto va desde las soluciones autoritarias a lo Edwards en la British Leyland hasta un sistema de participación en Talbot. Pero el resultado es el mismo: debilitar el poder de los «shop stewards», si no es posible eliminarlos, y hacer que la base – convenientemente informada y debidamente catequizada acerca de las «necesidades competitivas» de la empresa– no tenga ya ningún poder de decisión y de intervención sobre las condiciones de trabajo. Esta «recentralización» de las decisiones hacia las cúspides del management (la automatización está organizada también en este sentido, al igual que los equipos pseudoautónomos en los nuevos modos de organización del trabajo) desplaza también las decisiones de tipo sindical hacia las cúspides sindicales y vuelve a dar nuevamente poder a los «permanentes» del sindicato. Con la huelga de Cowley, veremos lo que esto significa prácticamente.



No obstante, esta presión bien definida para un aumento de la productividad (algunas firmas como Leyland o Talbot se vanaglorian de alcanzar los estándares mundiales, otras como Ford se quejan de una diferencia de menos de un 2% en relación

con sus fábricas de otros países) no permite crearse ilusiones. Cada vez más, hay estudios patronales que señalan que las ganancias por productividad, debidas a los despidos y a las nuevas inversiones bien orientadas, desaparecerán cuando vuelva la recuperación ya que las prácticas de base y la mentalidad obrera no han cambiado. Para acreditar tales pronósticos, durante la primavera del 83, se ha extendido una oleada de huelgas que, tanto por su duración como por su carácter, muestra que la

«enfermedad inglesa» no es curar. Los obreros de Vauxhall (General Motors) han impuesto una modificación de la estrategia mundial de la firma y la instalación de un doble equipo. Los portuarios de Tilbury (puerto de Londres) han rebasado las divisiones por categorías para imponer, después de una huelga de ocho semanas, la paridad de salarios. Los obreros de la fábrica de Timex en Escocia han ocupado durante varias semanas la fábrica protestando contra los despidos. Los técnicos de telecomunicaciones se han lanzado a una serie de huelgas salvajes, que todavía duran, para oponerse a la desnacionalización (que significaría un cambio en sus condiciones de trabajo): simplemente cortan, por días enteros y sin previo aviso, todas las comunicaciones de organismos financieros o de grandes empresas. De todas formas, los conflictos más significativos han sido los del sector del automóvil, Ford y British Leyland, en cuanto conciernen, no ya sobre salarios y despidos, sino sobre el corazón mismo de la explotación: las condiciones de trabajo.

La fábrica de Halewood, cerca de Liverpool, es especialmente preocupante para la dirección de Ford: incluso con la crisis y con todas las transformaciones, no llega a producir, a igual volumen y tecnología, una tercera parte de lo que produce la fábrica de Sarrelouis en Alemania. Lo que la dirección no logra modificar son las prácticas de trabajo que dan un cierto poder de base a los obreros sobre el contenido de los puestos y los ritmos de trabajo, y eso que está ejerciendo una presión constante desde hace años. De un tiempo a esta parte han estallado conflictos sobre puntos concretos y el sabotaje de 100 Escorts a principios de año puede ilustrar la tensión que reina en la fábrica. El 9 de marzo la dirección despide a un obrero -como por azar uno de los más militantes de su taller- bajo la acusación de sabotaje: había torcido un enganche de fijación cuyo valor es de 86 peniques. Inmediatamente 3.000 obreros de los turnos de noche y de día empiezan una huelga salvaje, lo que conlleva la suspensión de 2.300 obreros. Los siguientes días ya son 4.500 los que están en huelga y 3.700 los suspendidos, pero todo esto se da sólo en una de las empresas. Ford ha entablado una prueba de fuerza que en el mismo momento, en otra de las fábricas de Halewood, se están realizando negociaciones para modificar las prácticas de trabajo y, especialmente, las definiciones del puesto de trabajo, en el sentido de aumentar el volumen de trabajo por puesto, lo que ha de conllevar al despido de 1.300 obreros. Los sindicatos han aceptado ya buena parte de las propuestas de Ford y ahora la huelga hace peligrar los principios del acuerdo. Se comprende así que Terry Duffy, líder de la AUEW, lance un llamamiento a patrones y obreros para que cese la huelga y se entablen negociaciones. Después de cuatro semanas,

cesa la huelga con la aceptación, por parte de Ford y por parte de los obreros, de un arbitraje que deberá ser acatado por todos; el organismo de arbitraje – ACAS– concluye con la reincorporación del obrero con diez días de suspensión y el traslado a otra sección de la fábrica. Pero la consecuencia de la huelga es que Ford acepta poner en discusión ante un comité especial de ocho miembros (dos de la dirección y seis oficiales de los sindicatos) propuestas de modificación de las condiciones de trabajo. Este comité no ha encontrado todavía una fórmula aceptable y, además, Ford, después de haber anunciado repetidas veces que cerraría la fábrica de Halewood, acaba de trasladar a la fábrica otras producciones, lo que quiere decir una recuperación del empleo. La lucha sobre un punto bien preciso, pero que tocaba la relación de fuerza obreros-management en lo cotidiano del trabajo, ha modificado las formas de gestión de la fuerza de trabajo reincorporando a los sindicatos que la dirección quería apartar. Pero será de otro modo como alcanzará sus objetivos.

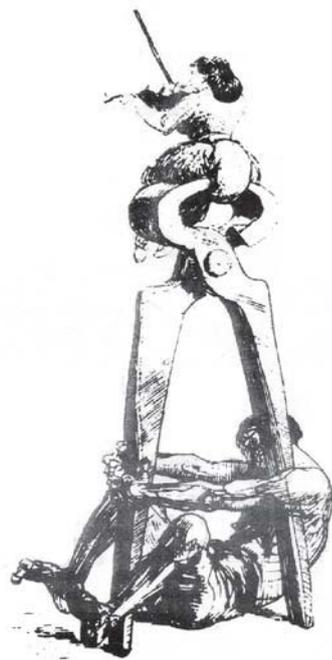
Esta partida de poker, aparentemente a cuatro, y en realidad a dos (capital y trabajo), se da en la simplicidad y complejidad de la huelga de British Leyland. Desde hace años se persigue una «puesta en orden» drástica y sin piedad de este trust nacionalizado, cuyo lugar en el mercado nacional y mundial ha disminuido considerablemente pero que se anuncia como rentable para los próximos años –condición para una reprivatización– mientras que la guerra de los grandes del automóvil no lleve a su absorción o eliminación. Este enderezamiento se ha hecho mediante un ataque sobre dos ejes: los trabajadores colocados en una situación como la descrita más arriba en la cita de *Workers Playtime*, y los «shop stewards» cuyo papel era central en la organización del trabajo con los antiguos métodos de producción. Estos «delegados» jugaban este papel en los dos sentidos: tapón entre dirección y trabajadores, punto de encuentro entre dos voluntades para la utilización de la fuerza de trabajo, valor de cambio y valor de uso. Es cierto que los cuadros veían su poder disminuido, pero veían también que la gestión ganaba en agilidad lo que perdía en la lentitud de los cambios tecnológicos y de ritmo de trabajo. Con la rápida evolución de las técnicas y la integración de las reglas de trabajo en las máquinas y procesos automáticos, la polivalencia reemplazaba la especialización y desaparecía la anterior función de «shop steward». La dirección recuperaba su poder total de decisión para incorporarlo en parte a los automatismos y para restituirlo por otra parte a los cuadros. La competencia alrededor de la crisis, cuestión de vida o muerte para British Leyland, dio a la dirección las armas para romper, con todos los medios adecuados, el poder de «los shop stewards» y

para imponer unilateralmente nuevas reglas de trabajo draconianas que ahora aquí no es posible detallar. Los dirigentes de los grandes sindicatos mayoritarios en el sector del automóvil (TGWU y AUEW) encontraron en esta evolución la oportunidad, con esta centralización de las decisiones, de reintroducirse en el circuito de las discusiones al más alto nivel y de romper el poder de los shop stewards en el sindicato. El dirigente local de la TGWU, David Buckle, del que hablaremos más adelante, se hizo un renombre en los años pasados no por luchar contra la BL sino por haber llevado a los militantes de Cowley –fábrica de BL cerca de Oxford– bajo el control estrecho del aparato sindical, especialmente mediante la eliminación de los izquierdistas (eventualmente con la ayuda de la dirección).

La huelga que acaba de desarrollarse en esta fábrica de Cowley viene a poner en cuestión esta nueva organización del trabajo, mostrando que la lucha de clases en el nivel elemental de la producción lleva sus consecuencias hasta la cúspide de la fábrica moderna. Los tres minutos de tiempo para lavarse al término de cada turno era una de las ventajas, aparentemente mínimas, conservadas en dos de las fábricas de Cowley, ya que este tiempo era contado como tiempo de trabajo. Habiendo ya suprimido cantidad de ventajas de este tipo, la dirección, con el silencio oficial de los sindicatos, anuncia su intención de suprimir este «washing up time». Seis minutos por día (diez para la otra fábrica) representaban 100 coches más por semana, y eran las únicas fábricas del grupo que conservaban esta práctica. Con sorpresa de dirigentes de la empresa y de los sindicatos, hubo reacciones: el 28 de marzo en una de las fábricas, una asamblea de 5.000 obreros decide la huelga ilimitada; en la otra fábrica se decide no hacer huelga pero salir como antes ignorando las órdenes de la dirección aún cuando la cadena continua avanzando.

No fue hasta después de transcurridos diecisiete días que los jefes de los dos sindicatos intervinieron, llamados por la dirección de British Leyland. La AUEW rechazó reconocer la huelga y uno de sus líderes declaró que «no quería ver a nadie morder el polvo, ni de la dirección ni de los afiliados al sindicato». La TGWU, al contrario, reconoció la huelga que de esta manera se convertía en oficial; veremos más adelante por qué. Si los dos grandes sindicatos intervinieron, aunque de manera distinta, era ciertamente para acabar con la huelga: les costó todavía nueve días y tres mítines masivos para hacer aceptar a los obreros una «suspensión» de la huelga y una «vuelta atrás» de la decisión patronal. Mientras, durante todo este tiempo, se hicieron propuestas del género: fabricar los 100 coches de más acelerando las cadenas de montaje y conservar el «washing up time», pero esto

fue rechazado categóricamente por la dirección y los cuadros ya que significaría una vuelta a la situación anterior en la que la base tenía un poder de decisión sobre las condiciones de trabajo. Y, paralelamente, apareció de nuevo la idea de que los «shop stewards» podían servir para algo, por ejemplo prevenir tales



conflictos perjudiciales para la firma. De todas formas, las discusiones para acabar la huelga se centraron en la «venta» de seis minutos a cambio de un aumento de unos bonos semanales de doce libras. Engaño que los obreros no aceptaron. Sin embargo, después de cuatro semanas de huelga, los obreros votaron la vuelta al trabajo «provisionalmente» mientras continuaban las negociaciones al más alto nivel en un comité de seis miembros (dos de BL, dos de TGWU y dos de AUEW) para intentar solucionar los problemas en suspenso en torno a la explotación de la fuerza de trabajo en Cowley y de definir las nuevas relaciones entre los distintos protagonistas —especialmente entre los cuadros y los delegados—. La huelga terminó el 26 de abril y debía ser encontrado un acuerdo para dentro de un mes. Pero el «impasse» es total: la dirección quiere mantener su decisión, la base no quiere ceder; los dirigentes sindicales apoyan a la dirección, los «shop stewards» rechazan seguirles. Por más que los 100 coches hayan sido producidos, la dirección no quiere pagar los bonos suplementarios ya que ella no ha recuperado sus seis minutos. Dos meses después de la vuelta al trabajo nada está solucionado y BL lanza un ultimátum para el 6 de junio para imponer las 39 horas de trabajo efectivo.

Es evidente que los dirigentes sindicales, al hacer aceptar a los obreros la vuelta al trabajo y un período

de «enfriamiento» de un mes, sabían muy bien lo que se hacían. Aunque la presión de base para no capitular ante el ultimátum de la dirección era fuerte, no condujo más que a prorrogar en otro mes la fecha de expiración de este ultimátum. El conflicto no podía sino quedar aislado ya que todas las otras fábricas del grupo no tenían el «washing up time». Además, el voto para decidir la aceptación o la vuelta eventual de la huelga se fijó, como por azar, justamente una semana antes de las vacaciones. Y para cada obrero, la huelga de cuatro semanas, no pagada ya que no era reconocida por los sindicatos (sólo nueve días para los miembros de TGWU) significó una pérdida de 400 libras. El voto del 4 de julio aceptaba las propuestas de la dirección y rechazaba la huelga. Una batalla perdida pero llena de futuros enfrentamientos.

La huelga tuvo consecuencias sobre las relaciones de trabajo con las nuevas técnicas de producción. El artífice de tal manipulación de la huelga fue David Buckle, responsable local del sindicato TGWU. Apoyándose en la huelga y aprovechándola para presentar el problema de la gestión actual de la Leyland ante el gran público (y en el período preelectoral), condujo a la dirección de BL y a los dirigentes de los sindicatos a discutir sobre un nuevo sistema de consulta-participación que no incluye ya a los «shop stewards» sino a una especie de «grupos de trabajo» de base y que devolvería el poder a los niveles intermedios del management y de los sindicatos.

Pero aquí no está lo esencial de la huelga de Cowley, de que sea modificado o no el sistema de gestión. Lo esencial es que una huelga así se haya podido desarrollar de una forma tan determinada sobre una cuestión de tiempo de trabajo, es decir del derecho de los trabajadores a decidir sobre su vida.

H.S. Londres, 4.7.83

* Sobre este período, el mismo compañero que escribe este artículo, hizo un análisis: «La crisis social y política en Gran Bretaña. Invierno de 1978-1979: Las huelgas y la caída del gobierno socialdemócrata», que nosotros publicamos y que si os interesa os lo podemos mandar (escribid al Apartado de Correos).

Los compañeros de Radical Science Journal de Londres nos han enviado varios materiales sobre tecnología, ciencia, sociobiología, ... , algunos de los cuales en próximos números comentaremos y que están a vuestra disposición.

Su dirección es : Radical Science Journal
26, Freegrove Road
LONDON N7 9RQ
ENGLAND

El propósito de R.S. es el de procurar un forum de discusión para ampliar los análisis de la ideología y practica de la ciencia, tecnología y medicina desde una perspectiva política radical. La mayor parte de colaboradores han intentado examinar de nuevo los viejos puntos de vista marxistas y desarrollar una crítica marxista del papel de la ciencia en la izquierda.

